



Terror
Fantasía
Ciencia Ficción



Ediciones Turas Mór

5



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>Las moscas son las primeras en darse cuenta</i> (RICARDO G. GIORNO).....	5
<i>Abajo está el paraíso</i> (DANIEL GUAJARDO S.).....	8
<i>El huésped</i> (CARLOS MORALES).....	15
<i>Kuniungüen</i> (M ^a DEL PILAR JORGE).....	50

NM

www.revistanm.com.ar
revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad
de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**

ESN 49800-070527-415138-20

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
DIEGO ESCARLÓN, CHRISTIAN VALLINI y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:
"Biomechanical distress" (BÁRBARA DIN)

EDITORIAL

El 21 de junio de 2006 estuvo disponible en Internet el primer número de **NM**. En aquel momento, la periodicidad propuesta era trimestral. No obstante, luego del n° 2, el volumen de colaboraciones hizo posible que ese plazo se redujera a una frecuencia de tres meses entre cada entrega.

La nueva grilla de publicación determinó, entonces, que uno de los cuatro números del año coincidiera —como se recordó en el editorial del n° 5— con el aniversario del día en que surgió la idea de crear la revista: el 1° de mayo.

Esa proliferación de fechas hace que no se sepa exactamente cuándo celebrar, por lo que parece preferible hacerlo siempre que sea posible. Después de todo, los motivos sobran.

A pocos días del aniversario de lanzamiento, luego de la nevada en Buenos Aires, a cincuenta años de la aparición de *El eternauta* y a treinta de la lamentable desaparición forzada de HÉCTOR GERMÁN OESTERHELD, hay varios platos fuertes. Algunos saltan a la vista, otros hay que buscarlos a dentro y unos más se reservan para próximos números.

Desde el inicio, como aperitivo, la realización de las tapas corre ahora por cuenta de BÁRBARA DIN (<http://barbaradin.blogspot.com/>). Artista gráfica, diseñadora de interiores, artesana, fotógrafa compulsiva y eventual cuentista (ver **Axxón** 157), en su momento se ofreció para recrear el isologo de **NM**, como se pudo apreciar en el n° 4.

En vista del resultado de su trabajo, en una acción mefistofélica, se recurrió a la vieja y efectiva técnica del soborno para que se hiciera cargo de la tarea de atraer a los lectores desde la portada. A cambio de la libertad creativa se encuentra ahora obligada a presentar en término el producto final.

De hecho, parece que eso no le representa ningún inconveniente. Así, la aflicción mecánica de este número en el próximo dará paso al recuerdo, para los que tienen memoria, o al descubrimiento, para quienes no cuentan con tantos años.

En cuanto al contenido, como en el primer número, sólo hay cuatro relatos, a diferencia de los siete que conformaban cada una de las otras entregas.

Con frecuencia los potenciales colaboradores se preocupan por la extensión de los cuentos que quieren enviar, pero eso no es lo más importante. En la Argentina, revistas como **El Péndulo** o *fanzines* como **Axxón**, **Cuásar** o **Nuevomundo** dedicaron algún número íntegro a publicar una novela, a veces incluso por entregas. De no ser por eso, muchos títulos y autores ahora no podrían ser recordados.

En realidad, lo que realmente se busca privilegiar (por lo menos, ésta es la intención de **NM**) es a los autores. El mejor relato, entonces, sería aquel con el que el escritor se siente más cómodo, sin importar algún tema específico o la extensión.

Al respecto, en este caso, GIORNO vagabundea por lo fantástico; GUAJARDO se hunde en la ciencia ficción apocalíptica; MORALES se transporta a la ciencia ficción dura y JORGE emprende un viaje al terror de la soledad. Cada uno desde su propio mundo, ofreciéndoselo al lector, en la continua búsqueda de un disfrute mutuo.



SANTIAGO OVIEDO

Los textos de esta publicación fueron editados en OpenOffice 2.2 y AbiWord 2.4. La revista se armó en Serif PagePlus 6.0. Los archivos PDF fueron generados en PDFCreator 0.9.3.

LAS MOSCAS SON LAS PRIMERAS EN DARSE CUENTA

RICARDO G. GIORNO

Jesús levanta la vista. La vista al cielo. El pensamiento peregrina hacia la noche. "No va a llover", dice, mientras permanece recostado en ese banco de plaza.

Un pucho apagado en la boca, ladeando la cabeza que remata en ensortijados cabellos y una sucia coronilla; todo en él despierta saciedad.

El estómago le habla, con esa forma tan gutural que poseen los estómagos cuando nos hablan. Debe sentarse en la punta del banco y mecer el cuerpo para tratar de pensar en otra cosa que no sea el hambre. Y en la sed, sobre todo en la sed. Pero ésta no proviene de un lugar tan alejado como el estómago. La amarga y pastosa saliva le recuerda, mordiéndolo, que ha llegado otra vez la hora en que debe destruirla.

Decidido se levanta y va en busca de esa ginebra que lo está llamando. Poseído por los demonios de la saciedad alcohólica, Jesús mendiga entre los transeúntes que, arrinconando las caras, niegan las miserables

monedas que tintinean burlonas desde ajenos bolsillos.

El mediodía abofetea la plaza, haciendo que todo quede quieto, o que se muera más lento, o que muera, o que... Jesús siente que las sienes le laten, simulando ser los fuelles de un inútil bandoneón espoleado por una cigarra sorda. Debe sentarse y esperar, esperar y esperar.

Los colegios aledaños, de golpe, exhalan alumnos que inundan las veredas y trastocan el tránsito. Doce niñas de impecable guardapolvo blanco dibujan los contornos de uno de los senderos de la plaza. Se deslizan hacia él. Por inercia, el linyera se eleva y extiende la mano, murmurando la letanía inconclusa que ni él mismo suscribe. Las niñas le ríen la juventud de su ignorancia. Sólo una introduce la mano en un bolsillo y deposita el contenido en la palma de Jesús. Antes de cerrarla ya sabe cuánto es. Le va a alcanzar justo. Justa es la necesidad de aniquilar la saliva, trocando amargura por fognazos transparentes.

La niñas siguen; el mendigo queda. ¿Qué lo hace permanecer en su sitio? Cierra la mano, haciendo que las monedas se claven en la carne; quiere impedir lo que ya sabe que va a venir, pero... no sirve. Él al fin recuerda: también usó delantal blanco. Fue en otra vida. En otro mundo. Cuando él era... ¿quién era?

El recuerdo que lo detuvo lo hace sentar, apoyando la espalda en la banca por primera vez en muchos años. La evocación gotea, la memoria vacila, la mente vuela y astilla el muro que Jesús levantó durante tantos años. Botella tras botella.

Él-usó-guardapolvo-blanco. No recuerda dónde, sepultada la imagen en cristalinos mares aletargantes. ¿Lo habrá logrado al fin? Pero un nombre aparece como por arte de magia, como una burbuja que explota para revelar el contenido, como un hedor que ataca en la improvisada brisa: *Pompoñoso*. No es su verdadero nombre; es otro. Así no quería ser llamado cuando lo llamaban.

Una punzada desagradable lo inunda y le hace poner tiesa la espalda: "Pompoñoso", unión siniestra entre pompón y roñoso.

La visión lo recibe con la violencia de antaño. Se apoya de costado en el suelo, doblando las piernas y encorvando la espalda. Así lo encuentra la señorita Gladys. Sin lágrimas, recostado, detrás del baño del colegio, con las piernas recogidas, haciéndose cada vez más chiquito. Lo llama por su nombre —¿cuál era su nombre?—. La señorita Gladys lo pronuncia pero él

no escucha el recuerdo. Sólo observa a la amada mano de ella cuando recorre la mitad del camino deseado, hasta detenerse: fresca, tierna, un poco moteada de tiza, pequeña, cuidada.

Erecta. Como pared, como freno, como límite, como puñal.

La señorita Gladys lo acaricia con las palabras dulces que la mano no se atrevió a decir.

Sin embargo, hoy es diferente. Una brillante escalera parte de la copa del gran pino que gobierna la plaza. La escalera es tan resplandeciente que a Jesús le duelen los ojos. Aunque no sabe por qué, sigue mirando. Hasta que la perseverancia da sus frutos. Allá arriba, sí allá... ¡está ella! La señorita Gladys baja por la escalera y su mano resplandece aún más que la escalera. Se acerca. Jesús tiembla con violencia pues sabe, se da cuenta, adivina, que hoy es diferente. La señorita sonrío más que nunca y la mano avanza y... ¡lo acaricia! Él siente incontrolables espasmos de contenida alegría. Por fin, por fin, por fin.

La señorita Gladys va más allá e introduce la mano hasta el mismo corazón de Jesús, que le martilla el pecho como queriendo escaparse.

Ella le sonrío. Le habla: —Has sido un buen niño, Jesús. Ahora iremos al aula sólo tu y yo; nadie te molestará.

¡Jesús! Él se llamaba así, por fin lo recuerda. Irá con ella. Ésta vez será diferente.

El mediodía abofetea la plaza, haciendo que todo quede quieto, o que

se muera más lento, o que muerda, o que... Jesús ya no siente nada.

La primera mosca se posó sobre su cuerpo cuando todos pensaban que el *borracho de la plaza* es-

ta dormiendo su acostumbrada siesta.

© RICARDO G. GIORNO, 2007.



RICARDO GERMÁN GIORNO
(Argentina —Buenos Aires, 1952—)

Este prolífico escritor se está convirtiendo en un colaborador casi permanente de las revistas del género, aunque aún no ha alcanzado un merecido reconocimiento. En **NM** publicó anteriormente *Sólo trabajo* (nº 1) y *Gómez y Ricuti* (nº 3). Es miembro activo de Taller 7, Forjadores y Grupo de Pares Eltayer.

ABAJO ESTÁ EL PARAÍSO

DANIEL GUAJARDO S.

Si no abres los ojos, no puedo ver...

¿Es esto lo que querías ver? Cada vez que salgo a la luz de la luna veo la desgracia y el sufrimiento en sus rostros, veo la esperanza que da la fe... y siento culpa porque no puedo responder a sus preguntas; sólo te tengo a ti para guiar mis palabras.

Fue tu elección desde el principio. Nunca estuviste a gusto en la colonia.

¿Y cómo esperabas que me encontrara a gusto? Recuerdo el primer día; un hombre y una mujer me miraban con asombro. Ponían hongos en mi boca y yo masticaba por reflejo. Había sufrido un accidente grave. No sabía quién era; aún no lo sé. No tengo nombre.

Las limitaciones de mi cuerpo, que parecían consecuencia directa del accidente, eran en realidad el estado natural de las cosas. Mi cuerpo... apenas si podía valerme por mí mismo. Y el resto de los habitantes de las cavernas debían sufrir igual que yo, pasando casi todos los días de sus vidas tendidos, acurrucados en orificios arenosos, alimentán-

dose de los hongos que crecían en las murallas húmedas.

Ellos eligieron vivir así cientos de años antes de tu nacimiento, como consecuencia de una catástrofe ecológica sin precedentes. Lo que les pareció una solución pasajera a la espera de mejores alternativas, se convirtió en la única solución...

—Mi señor, es el momento de bendecir a su pueblo.

—Perdóname, hija. Avisa a los bienaventurados que han llegado esta noche hasta el templo de nuestra Virgen, que no tengo palabras en mi cabeza que puedan acallar sus angustias...

—No debe disculparse conmigo, mi señor. Su pueblo entenderá.

—Sólo soy un peón y mi voz es una herramienta.

Las sacerdotisas de este templo han sido buenas conmigo desde el principio. Me alimentaron con la leche de sus pechos y conocí con ellas el calor real del cuerpo humano.

Porque abajo sólo conocí el frío.

El hombre que me rescató, Dau era su nombre, recitaba de memoria algo que había aprendido de su madre: “Hipotermia es una palabra que proviene del griego *hipo*, que significa debajo, y *therme*, que significa calor. La hipotermia es el descenso intencionado de la temperatura corporal por debajo de treinta y cinco grados Celcius. Si hace mucho frío, la temperatura corporal desciende bruscamente: una caída de sólo dos grados puede entorpecer el habla y el afectado comienza a amodorrarse. Si la temperatura desciende aún más, el afectado puede perder la consciencia y hasta morir. Sin embargo, en algunas intervenciones quirúrgicas, los cirujanos provocan una hipotermia artificial en el paciente, para que la actividad de los órganos sea más lenta y la demanda de oxígeno sea menor”.

El día que surgió la idea pareció una solución inteligente, dados los problemas derivados del hacinamiento y la escasez. No había suficientes recursos para alimentar a un millón de personas...

Y las generaciones posteriores nacieron, vivieron y murieron en ese frío constante sin saber por qué, sin conocer la alternativa. Dau recitaba esa descripción de enciclopedia porque sabía que era algo importante, pero ni él ni su madre entendían el significado de esas palabras.

Dau y su vecina Ñei estaban realizando el arduo proceso de procrear un hijo cuando ocurrió el derrumbe. Dau no conocía a Ñei, aunque habían hablado alguna vez usando los ecos

de la caverna. Esa jornada Ñei se había arrastrado fuera de su hogar empujada por una urgencia biológica inexplicable, comiendo todos los hongos que encontró en su camino para acumular la fuerza necesaria.

Dau respondió positivamente, a pesar de que no se sentía capaz de soportar el estrés del coito. Y estaba a un latido de lograr el orgasmo cuando los muros se movieron. El espasmo terrestre duró apenas unos segundos y varias piedras se desprendieron del techo de la caverna.

Creo que una golpeó mi cabeza.

Ese accidente no estaba en mi plan.

Claro que no.

—Mi señor, perdone mi desobediencia... pero las matriarcas solicitan fervientemente hablar con usted...

—Insisten de esta manera porque no han conocido mi furia... No te preocupes, hija. Hoy no será ese día. Pero tampoco responderé a ninguna demanda teñida de amenaza.

—Mi señor, no creo que haya una amenaza...

—Tal vez tengas razón. Diles que estoy en conferencia con nuestro Padre omnisapiente y que responderé a sus preguntas no formuladas mañana con el primer rayo de sol.

—Sí, mi señor.

Puedo sentir la rabia de las matriarcas en el hueso fracturado de mi nuca.

Por eso me puedes oír.

¿Y dices que no estaba en tu plan? ¿Estuviste en la colonia con nosotros desde el principio y no era parte de tu plan hacerte escuchar? Al

principio fue un murmullo, luego fue una confusión de ruidos inconexos, sueños que no eran míos, recuerdos de cosas que nunca conocí. Ésos eran tus recuerdos.

Eran los recuerdos de la colonia.
Ah, por supuesto.

Dau y Ñei se quedaron conmigo durante mucho tiempo. Hablaban animadamente cuando no estaban durmiendo; compartían su calor, comían los hongos cercanos en mayor cantidad a la necesaria para subsistir y, cuando éstos se agotaron, fueron a sus propios túneles en busca de más... y no regresaron. No volví a escuchar sus voces.

Y pasé hambre. Apenas aparecía un hongo pequeño reluciendo en la oscuridad lo engullía casi sin mastigar. Luego salivaba por horas. Y pasó mucho tiempo antes de que la razón regresara a mi cabeza. Si no había hongos ahí dentro, debía buscarlos afuera, como hicieron Dau y Ñei.

A pesar del dolor y del cansancio, logré arrastrarme hasta la boca de mi habitación y allí encontré un manojito de hongos de distintos tamaños y colores.

Fue tu primer banquete.

No sé si llamarlo banquete. Las sacerdotisas han preparado para mí manjares incomparables y mi estómago los ha recibido con dulzura. Pero en esa oportunidad la presencia de tantos hongos despertó algo en mi cabeza que no había conocido antes. Fue como sumar uno más uno.

Dau y Ñei comieron todos los hongos de mi caverna y fueron capaces de moverse fuera en busca de más. Y

la gran caverna estaba repleta de hongos de variedades distintas a las que acostumbraba comer.

¿Entiendes? ¡Variedad!

Los hongos fueron una de tantas soluciones de los primeros sobrevivientes. Al tiempo que cavaban nuevas bóvedas y habitaciones, establecían una red de servicios básicos y cosechaban distintos tipos de hongos y de plantas que crecían sin luz en ambiente húmedo. Pronto hubo hongos creciendo en todas partes, transportados en forma de esporas en las ropas y cuerpos de las personas, hasta los rincones más profundos de la red. Al final sólo hubo hongos.

Luego de comer todos esos hongos y de sufrir un cólico por primera vez, comencé a sentirme mejor. Había muchas ideas extrañas en mi cabeza, la mayoría probablemente surgidas de tu manipulación silenciosa. El mundo de las cavernas no terminaba aquí. Esa ley del sentido común que nos obligaba a mantenernos tranquilos y somnolientos en nuestras pequeñas bóvedas para evitar el gasto de calorías ya no tenía validez. Había más por conocer... y personas, muchas tal vez, cada una viviendo su encierro voluntario sin esperar nada más de la vida.

Entonces salí.

Primero me arrastré por el borde de la gran caverna, comiendo todos los hongos que veía a mi paso y eran muchos, demasiados. La sensación de frío se hizo desagradable. En mi interior crecía el calor que da vida. Tu manipulación a lo largo de los siglos nos había convertido en piedras.

Cuando algunos de los sobrevivientes descubrieron que el regreso de las condiciones para la vida en el exterior iba a demorar más tiempo del estimado, sus cálculos evidenciaron que a un ritmo normal el consumo de energía sería mayor que la producción de alimentos. No estaban dispuestos a crear las condiciones para el fracaso. Pusieron químicos en el agua y mantuvieron prácticamente a toda la población en un estado de sueño permanente.

Quizá fuera una condición propia de los minerales que componen los muros de las cavernas. Quizá se tratara de una consecuencia inevitable a causa del hacinamiento, los hongos y los químicos en el agua. O pudo ser algo completamente distinto...

No fue un despertar. Siempre estuve, pero no era un individuo. La palabra "Yo" no tenía significado hasta que los periodos de sueño se hicieron más largos que los de vigilia. Y mi conciencia fue el resumidero de todas las conciencias.

Una especie de Dios que depende de las personas para existir.

Tal vez ésa sea la esencia de cualquier Dios, y para que yo existiera necesitaba a mi rebaño dormido. No fue difícil plantar el cansancio y el desgano en el subconsciente colectivo. Cuando los químicos del agua dejaron de tener efecto, nadie podía cambiar su actitud. Llegó un día en que nadie se levantó de su cama y bastó que estirara un brazo para obtener el alimento diario y seguir durmiendo.

Pero yo había cortado esa conexión, o había realizado una completamente distinta. Ahora podía oírte claramente, aunque no sabía lo que estaba oyendo y tú ya no tenías poder sobre mí.

Pasaba más tiempo despierto. Comía más. Una cosa llevó a la otra y en el ejercicio diario de buscar más comida logré recuperar algo de la masa muscular que tenía cuando era un niño.

Y en todo ese tiempo no vi a una sola persona viva. En algunas cavernas encontraba huesos. Entonces no sabía lo que eran, pero no me agradaba mirarlos. Algunos olían mal.

Y pasó mucho tiempo. Engordé. Pude caminar. Y bajo la tenue luz de los hongos luminiscentes recorrí cavernas de increíble aspecto, vi objetos asombrosos, vi esqueletos por montones...

Y vi a una persona que salía con dificultad de su caverna. Me acerqué, era una mujer y su piel ardía. Hongo que veía se lo metía en la boca y lo tragaba casi sin masticar. Entonces pensé que buscaba hacer lo mismo que yo había hecho: salir y recorrer las cavernas. Pero una voz distinta en mi cabeza me dijo que no, que se preparaba para el coito y para la procreación.

Al principio las mujeres tenían dos o más hijos. Una generación más tarde sólo tenían uno, y a la generación siguiente la mortandad de las madres aumentó al doble durante el embarazo y en el trabajo de parto. De un millón de personas jóvenes y rebosantes de vida, hoy sólo quedan doscientas die-

ciocho, incluyéndote. La próxima generación serán menos de sesenta, desperdigados a lo largo de kilómetros de túneles y bóvedas. Dentro de cincuenta años no quedará nadie.

Y tú habrás muerto con ellos.

Por eso despertaste el deseo en las mujeres, con la esperanza de que con mi unión aumentara la población y mi presencia nos llevara como grupo a un nuevo estado de vida, a la estabilidad social...

No te des tanta importancia.

No supe su nombre. Era una mujer joven, más pequeña que yo en estatura. Y ardía en deseo. Su olor, su roce, su calor... despertaron en mí una erección dolorosa. Ella también gritaba de dolor, pero no cejaba en su intento de quedar embarazada. Y cuando llegué al clímax ella quería más. Pero yo estaba agotado como no lo había estado en mucho tiempo, y me alejé.

La siguiente vez que la vi estaba embarazada, gateando por los túneles, recolectando comida, peleando con otra mujer por el alimento. Desde entonces solía encontrar mujeres en ardor cada cierto tiempo, y siempre coincidían conmigo. Otra vez tu plan de propagación y estabilización. Rara vez hablaba con ellas, algunas ni siquiera eran capaces de formular palabras, y no se trataba de una enfermedad ni del cansancio.

No sabían hablar.

El alimento y el coito se convirtieron en mis únicos objetivos. Había una voz apremiante que me indicaba cuál camino tomar, y que más tarde insis-

tió en que debía reunir a mis hijos bajo mi cuidado. No había tal sentimiento de paternidad en mí, pero la voz no paraba de insistir. Me estaba enloqueciendo.

Y se calló. No la oí más. Mi conciencia se había desvanecido.

Por primera vez me sentí solo. Siempre había estado solo, pero no conocía la compañía, y un simple murmullo en la cabeza se había convertido en mi familia.

Vagué, entablé conversación con muchas personas, no sólo mujeres. Entendí algunas cosas; así como Dau sabía algo acerca de la hipotermia, escuché que los hongos fueron manipulados genéticamente para proporcionar elementos esenciales de la dieta humana, y que las cavernas se extendían varios niveles hacia abajo.

Cualquier persona con la que hablaba pronto se quedaba sin tema de conversación. Entonces yo le soltaba todo lo que sabía, que no era mucho, en realidad, y también me quedaba sin tema. Ahí partía en busca de más información.

Los túneles se expandían hacia abajo en forma de espiral, y por supuesto que era más fácil bajar. Cuando llegué por fin al fondo de la caverna, vi horror. Montañas de huesos y cuerpos en estado de descomposición. La pendiente no era tan pronunciada como para que hubieran llegado ahí rodando. Tuve miedo, sentí peligro, pero permanecí quieto, admirando ese cementerio.

La piedra bajo mis pies era más cálida que en el resto de las cavernas. Me tendí de espaldas y sentí cómo el

calor inundaba mi cuerpo. Sentí deseos de quedarme allí y estaba dispuesto a hacerlo... cuando recordé los cadáveres. ¡Los había olvidado! Si apenas unos latidos antes había sentido terror ante su presencia y ahora estaba tendido junto a ellos, deseando mi propia muerte.

Me levanté y sentí el frío. Entonces subí, caminé hacia arriba por la espiral, durmiendo cuando me daba sueño, comiendo cuando me daba hambre, fornicando cuando veía una mujer en celo. Debía subir, porque los túneles se habían construido hacia abajo, y su origen había sido arriba...

Por primera vez en mucho tiempo alguien sacaba esa conclusión y sentí alegría y algo muy parecido al placer. Tu mente seguía conectada a la mía de alguna forma y tus descubrimientos eran como chispazos de alegría en toda la colonia. Y, aunque no me creas, yo tampoco sabía lo que ibas a encontrar allá arriba. Cuando las personas olvidaron, yo también olvidé. Y cuando entendí que dependía de ustedes para existir y recordar, tomé precauciones. Por eso soñabas con personas corriendo y riendo o haciendo cosas incomprensibles; aunque no las recuerdes, están en tu mente y en las de todos. Así jamás volvería a olvidar.

Subí. A medida que ascendía la curva de la caverna se hacía más pronunciada y el túnel se estrechaba. Ya no había cámaras a los lados; extrañas superficies cubrían las entradas. Eran puertas y no me interesaba saber qué había detrás de ellas.

Y al final del camino había una esquina. En su continuación había un nuevo túnel recto. Avancé por él a paso rápido; estaba cansado pero había algo ahí que me llamaba a continuar. Podía sentir una presencia que me empujaba de regreso. Era aire; aire seco, aire puro, que ingresaba a la caverna desde orificios en el techo. Entonces oí tu voz con una claridad estremecedora.

Sigue, más adelante está la salida.

Salida... Una palabra cargada de significado. ¿Qué había más allá? ¿Qué había "afuera"?

Al final de ese túnel hallé otra puerta con un mecanismo parecido al de las que había visto en mi camino ascendente.

Ordénale que se abra, dijiste en mi cabeza.

—¡Ábrete! —rugí y mi voz sonó extraña. La puerta crujió.

Cubre tus ojos con las manos; la luz en el exterior podría matarte.

La puerta se abrió por completo y, aunque tenía mis ojos cubiertos, podía ver la luz atravesando mis manos.

Avanza. Avancé vacilante y la puerta se cerró detrás de mí. Otra vez sentí pánico; grité "ábrete" una y otra vez, pero la puerta ya no se abría. Estaba fuera, para siempre.

—¡Demonio! —gritó una mujer—. ¡Demonio!

Repíte lo que yo diga, dijiste en mi cabeza y fue un alivio; seguías conmigo. Dijiste palabras extrañas que yo repetí.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

Podía oír a las personas reunirse a mi alrededor, decir “amén” con voces de mujer tras cada sentencia que manaba de mi boca. “Que no las asuste mi palidez ni el blanco de mi cabello; vengo de abajo”, dije. “Soy el enviado de Dios; traigo su palabra”.

Cuando pregunté “¿qué es esa luz?”, una de ellas dijo “el reflejo de la luna grande” y cuando pregunté “¿qué refleja?”, otra respondió “el sol”. Entonces te oí decir algo que no entendí, y sentí tu alegría al recordar esa palabra.

El sol es la fuente de vida, dijiste; lo repetí y me reprochaste. Las sacerdotisas parecían intranquilas.

—Sin el sol no habría vida, no habría alimento, no habría nada; sólo desierto. El sol es la más grande obra de Dios.

Y así las sacerdotisas se volvieron mis amantes, mis esposas, las madres de mis hijos fuera de las cavernas. Pronto mi existencia se hizo pública y grandes pueblos se levantaron a los pies de la montaña donde se erguía mi nueva caverna a la intemperie, cubierta de día con mantos negros, abierta durante la noche para poder mirar las mitades de la luna girar en una danza luminosa en órbita sobre nuestra tierra.

Ahora debo subir más aún, a la cima de la montaña, al templo donde la imagen de la madre de Dios saluda al cielo. Grandes catástrofes se han cernido sobre nuestra gente. Pueblos lejanos han atacado nuestras villas, pueblos regidos por el músculo y la guerra. Las matriarcas están intranquilas; temen por las vidas de sus hijos. Desde acá puedo verlas, moviendo sus tentáculos en la danza de solicitud, ofreciendo caracoles y lombrices a las sacerdotisas.

Y, por supuesto, esto sí formaba parte de tu plan.

Es una solución simple, que ayudará a la supervivencia de sus hijos y a la continuidad de su Dios. Acá abajo será un paraíso para ellos, serán mejores, no habrá nada que temer. Sus mutaciones no serán un impedimento, al contrario... Hablaré con ellos desde el principio; ya no seré solamente un sueño. Re-construiremos el mundo subterráneo...

Y se hará tu voluntad, tanto en la tierra como en lo profundo...

© DANIEL GUAJARDO, 2007.

DANIEL ENRIQUE GUAJARDO SÁNCHEZ
(Chile —Santiago, 1977—)

Periodista, diseñador de sitios *web* y administrador de cursos por *e-learning*, en 2001, en el ámbito del 1^{er} Concurso de Literatura Andrés Bello de Cuento y Poesía, publicó el relato *Los matices del negro*; también obtuvo la Primera Mención Honrosa en el libro “Pulsares 2003” (editado por TauZero.org), con el cuento *Semilleros*.

Actualmente participa en las reuniones de TauZero.org e intenta terminar una novela corta y varios cuentos.

EL HUÉSPED

CARLOS MORALES

Dedicado a LARRY NIVEN y a otros cuatro.

1. La visita

—Ya la veo, allí...

Una luz ha aparecido en el cielo, cerca de Antares. Una nueva estrella en el firmamento.

—Comandante, tiene que calmarse. Su tensión sanguínea y ritmo cardíaco están muy altos —chilló Europa en la radio del casco.

—Ya la veo.

Era una breve mota azul claro, sin titilación aparente. Su luz era tenue cual copo de nieve; no dura y afilada como la de las otras estrellas a la vista.

—Ahí está.

—Comandante, ¿me escucha, comandante?

—¿Eh? Sí, sí...

“Allí viene”, se dijo Jenner. “Ya tiene el doble de tamaño que un minuto atrás. Su velocidad debe ser terrorífica”.

—Contacto visual continúa. El detector de masas no indica nada, comandante. No me extraña que no hayamos podido identificar la fuente de los...

—Europa, confirme velocidad del huésped, por favor.

—¿Velocidad? ¿Y cómo hacemos? Esa cosa no deja huella en ninguno de nuestros detectores...

—¿Cómo que no deja huella?

—¿Me escucha, comandante? ¿Me comprendes, Rack?

Europa había decidido soslayar la rigidez del tono, destinada a la grabación. El súbito cambio despertó a Jenner.

—¿Qué? Sí, sí, caramba. Es que es... Es...

—Sí —reconoció Europa—. Es... increíble.

Era una buena palabra, sí. Increíble.

La mota ya ocupaba un arco de diez grados y seguía creciendo. Rack Jenner se sintió mareado por un momento, pero no dejó de mirar hacia el huésped. Júpiter era una masiva presencia ubicada treinta grados a su derecha; el satélite Europa una pequeña bola de billar, casi directamente debajo de sus pies.

No la veía a sus espaldas, pero allí estaría la Estación Radical Mu, el sitio

que había sido su hogar durante los dos días pasados. Muy lejos, atrás. Casi trescientos kilómetros atrás, recordó con un espasmo de miedo.

Flotando en el éter como un residuo, el comandante de operaciones especiales Rack Jenner contemplaba —no podía dejar de mirar hacia allí— la... ¿esfera?

El “huésped”, como se les había ocurrido llamarlo, vino a tiempo desde donde avisó que vendría. Para tranquilidad del visitante —“ridículo”, pensó Jenner ahora— se había enviado a un solo hombre, quitando de toda la zona los escuadrones de batalla y enfriando cualquier litigio fronterizo entre las facciones actualmente en guerra en el cuadrante J-02. La estación Mu debía estar brillando como un árbol de Navidad en todo el espectro de ondas, para anunciar al huésped la posición de Jenner.

La esfera seguía creciendo.

—El gradiente de crecimiento óptico indica que está desacelerando, comandante. Willy sugirió un barrido del monitor en luminosidad y un algoritmo que...

—¿Frena, entonces?

—Sí. Estamos verificando la ley que lleva, pero es...

—Mina, no me molestes con detalles. Tengo algo que hacer, ¿te enteras?

—Sí, comandante... Rack. No molesto más. Pero, maldita sea, hableme si no quieres que me preocupe, ¿me oyes?

—Oh, está bien. Está bien. Ehm...

¿Hablar? ¿Cómo se hacía para hablar frente a esto? No sólo porque era el primer contacto con una inteli-

gencia ajena a la Tierra, sino porque era tan... tan extraña.

—Lo que más me inquieta es que no sé qué le voy a decir, Mina. ¿Qué se dice en estos casos?

—¿Te refieres al huésped? Pues dile... “Buenos días”, por ejemplo.

—¿Qué? Pero ni siquiera sé si es de día, maldita sea...

—Rack, no te alteres. Tu corazón está en 130 y no es bueno que te inyecte un calmante; has de estar lúcido. Escucha, te aseguro que el huésped no tendrá problemas de comunicación contigo...

“¡Oh! Por supuesto que no”, se dijo Jenner.

Una semana atrás —sólo una semana atrás— el bombardeo de radiación en la zona de Antares había comenzado a teñir de raros colores todos los detectores de la Tierra. Luego de muchos disparates de parte de los astrofísicos, intentando explicar lo inexplicable, y de que toda la parafernalia científica comenzase a dirigir sus antenas hacia allí, apareció la frase:

¿QUIÉN ERES?

...en todos los monitores del planeta. En todas las lenguas del planeta. En todos los planetas habitados.

Nadie supo cómo el inquisidor había captado a la humanidad, ni dónde estaba. Sólo que en la supergigante M1 Antares, la estrella principal de la constelación de Escorpio, parecía haber llegado el fin del mundo. ¿Cómo había hecho el de Antares para detectar —y en forma instantánea— que la humanidad lo esta-

ba mirando a seiscientos años luz de distancia?

Llegó el turno de los prácticos: se envió hacia Antares toda la información de la humanidad, por todos los medios posibles. Los gobiernos planetarios, por supuesto, omitieron toda mención a la Séptima Guerra Solar, y probablemente a cualquier otra de las anteriores —solar o no—, y también a cualquier otra cosa que fuera poco presentable en el momento actual de la humanidad, como los permisos por violaciones a los derechos humanos y las alteraciones genéticas. De todas formas, las emisiones piratas de los rebeldes de Marte, el mar Caspio y los asteroides han de haber cubierto varios de los huecos en la información, sólo por seguir siendo rebeldes.

Tres días atrás, de pronto, la respuesta:

ERES NUEVO. VOY A VERTE.

Y un vector y unas coordenadas, las mismas en las que ahora flotaba inermemente Rack Jenner.

El huésped ocupaba ya un cuarto de cielo. Se acercaba lentamente ahora. ¿Lentamente? Al contrario, no había nave espacial que se moviera tan rápido... Claro, por comparación con la velocidad a que habría hecho su viaje, pues...

Y no era una esfera. No exactamente. Su cuerpo celeste e inmenso estaba punteado de ondas, luces breves y motas oscuras, y lo cruzaban en forma errática unos móviles trazos negros. No parecía natural, pero tampoco artificial. ¿Una mezcla de ambos? ¿Era

alguien, o sólo una máquina intermedia?

—Háblame, Rack... Por favor...

—¿Qué quieres que te diga? Bien, disculpa, es sólo que... Pues... Tengo miedo, creo.

Le latían las sienes. Sentía la vibración del generador de clima del traje, que pugnaba por equilibrar el exceso de humedad provocado por su transpiración. Echó una ojeada a los controles: estaba bien, dentro de todo.

—¿Qué le diré, Mina? Ah, si hubieras leído las tonterías que me han escrito para que estudie como parlamento... Palabras estúpidas, pomposas, llenas de una hueca solemnidad. ¡Ni siquiera sabemos cómo piensa esta cosa!

—Tranquilo, Rack. Estás siendo radiado, recuerda.

—Sí, tranquilo, tranquilo. Es fácil decirlo, mierda...

El huésped alcanzó a llenar medio cielo antes de que su movimiento mostrara un sesgo lateral. Terminó aparcado entre Júpiter y Jenner, quietecito y manso como el Everest.

Jenner no pudo imaginarse nada más descabellado: la superficie de la mole rielaba en matices indefinibles, las motas oscuras eran pozos llenos de estrellas y las anteriores trazas negras ahora parecían el Gran Cañón del Colorado, con ríos en su interior. El huésped tenía tal belleza que dolían los ojos al mirarlo.

Y le dolían los dedos de tanto apretar los puños en los guantes de su traje.

—Europa.

—Dime, Rack.

—¿Hace algo el huésped?

—No.

—¿Espera algo, entonces?

—Espera que le hables, supongo.

No hay caso, se dijo Jenner; las mujeres tienen una inteligencia de otro tipo. Se aclaró la garganta y habló al fin: —Bienvenido, extranjero de Antares. Soy un representante de la humanidad, el... conjunto de almas que... que habitan este sitio, que hemos dado en llamar el Sistema Solar. Nos sentimos orgullosos de que aceptes ser nuestro huésped.

Silencio.

—Eh... Las autoridades de nuestros principales gobiernos desean compartir con vosotros... Bueno, en caso de que seáis más de uno, a eso me refiero... Las autoridades me piden que os informe de nuestra pacífica voluntad de cooperación para que el Universo sea más... mejor que... Quiero decir, para que sea mejor. O bien, igual, si ya es bueno para vosotros... Pues, nosotros...

—Estás delirando, Rack.

—Oh, no me molestes ahora, maldita sea. ¿Hace algo el huésped?

—Nada. Y sigue sin aparecer en ninguno de nuestros detectores.

Jenner volvió el rostro hacia la masiva visita.

—Te aseguro que está aquí, sin embargo... ¿Por qué no me responde?

—Bueno, no le has preguntado nada, ¿verdad?

Definitivamente, las mujeres piensan distinto.

—Visitante de Antares, eres bienvenido. Estamos a tu servicio. ¿Nos considerarías dignos de colaborar contigo en beneficio del Cosmos y de la Vida, en todas sus formas?

Un nudo azul ocupó la mente de Jenner en un instante, cerrándole los sentidos como si le sumergieran la cabeza en cemento fresco. Un nudo enorme como el universo. El nudo dijo:

NI LOCO.

Y se retiró. Sin dolor.

Jenner tardó en recuperarse, empero, y para entonces el huésped ya tenía un cuarto de cielo de tamaño.

—Mina, ¿qué...? ¿Lo... lo has...?

—No te preocupes, Rack. Todos lo hemos oído.

El huésped ya estaba lejos, una mota de un tenue azul.

2. El platelminto

Randolph “Rack” Jenner, comandante de operaciones especiales del Grupo de Tareas 712, era un hombre de altura normal para un espaciano —dos metros con dos centímetros—, una educación normal como militar —ingeniero de propulsores—, una rutina normal como ciudadano de la Liga Americana —un mes de vacaciones por año en Acapulco Flotante— y un futuro normal como persona: encontrar una chica al final del servicio, casarse, armar una familia más o menos decente y dedicarse a la carpintería como *hobby*.

Como todo ser humano, sin embargo, Jenner era algo “particular” en algunas cosas: de talante jovial y sincero en sus buenos momentos, se sumía a menudo en reflexiones que lo volvían adusto y descolocado con el mundo; sus colaboradores evitaban cruzarse

con él en tales días. Por lo tanto, en su espíritu se combinaban extrañamente una despierta inteligencia y gran firmeza de voluntad con una notable torpeza para relacionarse. De tez blanca, ojos y pelo negro, cuello de toro, amplias espaldas, brazos de piedra y manos grandes y nervudas, hubiera sido un exitoso y buscado amante de no ser por una nariz demasiado grande y algo torcida, una mirada huidiza, una boca demasiado sensual y unas piernas largas, delgadas y algo torpes, cosas todas que le otorgaban un andar poco elegante y un aspecto general de persona desprolija.

Dueño de unos músculos privilegiados y de una resistencia física poco común, había descollado en los entrenamientos, lo que le había servido de espaldarazo tanto en su rápida carrera de oficial, como para que recayera en él la elección de quién recibiría al visitante de Antares. Demasiado rebelde y pensante para que sus jefes lo apreciaran, pero a la vez demasiado buen elemento como para dejarlo de lado, había sido una opción razonable dentro del poco tiempo disponible.

Ahora colgaba como racimo de maduras uvas entre Júpiter y Europa, pero el huésped, como la taimada zorra de la fábula, había pasado de él, dejándolo para hazmerreír de las cuatro Confederaciones, los dieciséis grupos de rebeldes, los once planetas habitados y —lo que era mucho peor— ¡sus colaboradores del destacamento!

Luego de que la Generalidad cortara su descanso semanal mediante la convocatoria, le hiciera viajar treinta y dos horas a tres gravedades para

llegar al sitio indicado y lo soltara sin un arma entre dos jovianos, lo visitara luego un tercero y lo despreciara, el ánimo de Rack Jenner se sublevó.

Furioso, pero aún embotado, sacudió la cabeza dentro del casco para liberar su cerebro de la lentitud, pero calculó mal las distancias y dio de lleno con los dientes contra los controles de comunicación internos.

El alarido de enojo y frustración de Jenner hizo saltar de su asiento a Mina Henderson, la oficial de comunicaciones de la Estación Radical Mu —nombre código “Europa”, elegido por su lugar de nacimiento—, una rubia regordeta y bastante sensual, a pesar de que su voz algo chillona le jugaba malas pasadas.

—¡Eh, Rack! ¿Qué pasa? ¡Tranquilízate, te digo!

Pero las cargas psíquicas de Jenner eran demasiado difíciles de dominar y se dirigieron inopinadamente a quien lo había dejado tan mal parado: —¡Oye tú, burbuja estúpida! ¿Quién demonio te crees que eres? ¡Vuelve aquí de inmediato, maldita sea...!

Un raptó de luz azul, y la enorme, ingente masa del huésped se materializó en el mismo lugar en que había estado, eclipsando a Júpiter.

HABLA, HUMANO.

Jenner boqueó bajo el peso y la densidad azul de la comunicación del alienígena. Sintió el cerebro como si por un momento fuera de jalea, pero el nudo se disipó rápidamente, empujado por el rojo de su furia.

—¿No puedes bajar el volumen o algo, maldito gordo? ¡Haces que me estalle la cabeza!

—Ah, ya comprendo —dijo la esfera, ahora a través de la radio de su traje—. No tienes contacto con los demás de tu especie, ¿verdad?

Poco a poco, Jenner comenzó a ser consciente de dos cosas. La primera, y bastante difícil de aceptar, era que el masivo y todopoderoso ente de otro mundo había acudido a su... “invitación”. Eso tuvo la virtud de acallar su furia tan rápido como se apagaron aquellos rescoldos bajo una lluvia de verano en Yucatán, durante su periodo de vacaciones el año anterior. La segunda, y harto difícil de discernir, era un fuerte zumbido como de estática que estaba taladrando sus oídos. Creyó al principio que se trataba de energías desatadas por la cosa, el retornado huésped; pero poco a poco entendió que era Europa chillando como una posesa.

“No es para menos”, se dijo, cambiando de un lengüetazo el canal de comunicación. Sus oídos respiraron de nuevo.

—Sois entidades atomizadas, desprovistas de foco y suelo —comentó el huésped—. No me extrañan entonces vuestras guerras.

—Oye, un momento. Yo no te critico a ti, ¿no es cierto? ¿Por qué te metes con nosotros ahora?

—¿Que no me criticas? —La cosa pareció estar riendo a mandíbula batiente. “Ha de ser mi imaginación”, se dijo Jenner.— ¿Y qué ha sido eso de “burbuja estúpida”? Vamos, que no tengo todo el tiempo del universo. Dime qué quieres y te regresaré a tu pequeño sistema.

Jenner no entendió muy bien de qué iba, pero intuyó que la esfera ha-

blaba en serio al ofrecerle respuestas.

—Bien, dime: ¿por qué has venido de tan lejos para nada? Se supone que íbamos a encontrarnos para alguna...

—Oh, vamos, pequeño... ¿Realmente piensas que me aliaría contigo para “beneficiar”, como has dicho, al Cosmos en algún aspecto? Lo único que me parece que pudiera desperdigar una especie como la tuya sería el odio al diferente. Y no me parece, por lo que he entendido, que tus gobernantes estén muy inclinados a *cooperar*, como has ofrecido en su nombre.

“Si me he movido hasta tu sistema ha sido, simplemente, porque me dio curiosidad descubrir una pauta de pensamiento que no encajaba en mis registros y quise, por así decirlo, ‘verte la cara’. Pero ahora que reconozco en vosotros la adversa genealogía y los impedimentos que aún subyacen en vuestros caminos pautales, pues... veo que no hay mucho que me podáis ofrecer, de modo que me marcho a mis asuntos.

—Espera un momento... —El cerebro de Jenner marchaba ahora a toda velocidad.— ¿Estás diciéndome que no hay nada que te sirva en dos mil quinientos años de historia de la humanidad, ni en dieciocho mil millones de maneras distintas de encarar la vida, una por cada habitante actual?

—Mira, pequeño, tú no sabes quién o qué soy. Te aseguro que la diferencia en evolución entre tú y yo es casi tan amplia como la tuya respecto de esos platelmintos que viven en vuestros charcos de agua estancada.

—Ah, entiendo —dijo Jenner, esperando que, de alguna forma, la conversación estuviera siendo grabada. Eso ayudaría a que no se le acusara tan duro luego—. Sin embargo, nosotros los humanos aprendemos mucho investigando a los platelmintos. Nuestra ciencia jamás considera que una pregunta es demasiado banal como para merecer una respuesta. ¿Tienes acaso todas las respuestas?

La enorme esfera pareció tomarse unos segundos para meditar. Eso sorprendió a Jenner, quien sólo pretendía ganar algo de tiempo para que la Estación Mu se acercara y pusiera en juego todos sus elementos de rastreo y detección, y aprehendiera lo más posible del huésped antes de que volviera a fugarse. Órdenes son órdenes.

—Veo que tienes algo ahí, pequeño humano. Sí, sospecho que sería interesante estudiarlos.

—De acuerdo, entonces. —Jenner no cabía en sí de gozo. Si la esfera se quedaba habría cumplido exitosamente su misión, y de ahí en adelante sería asunto de las autoridades.— Puedes quedarte aquí por un tiempo; no te faltará nada que esté a nuestro alcance proporcionarte.

—¡Oh!... —El lamento del visitante casi pareció humano.— Creo que no has comprendido bien tu situación, mi pequeño amigo. No he sido yo quien volvió a ti. Te he traído a mí, en cambio, como verás si te giras un poco. Siempre es más eficiente y sencillo desplazar masas pequeñas; tú lo entiendes...

Con un repentino espasmo de horror, Jenner cayó en la cuenta de lo que la esfera buscaba hacerle com-

prender. Torpemente intentó apoyarse en el suelo para girar, olvidando que estaba en caída libre. Al instante, avergonzado de su propia estupidez, cerró sus manos sobre los comandos de la mochila de empuje.

Un lento giro a la derecha le confirmó lo que había temido: ya no estaba Júpiter, no se veía Europa. A través de su placa facial sólo aparecía un campo estrellado en movimiento de fuga. Ni siquiera pudo identificar al sol, perdido como estaba en la creciente distancia.

—Pero... pero... ¡Moriré aquí, maldita sea! ¿Cómo haré para volver?

—Tardarías un poco, me temo. Yo podría desplazarte, pero no lo haré. Me has persuadido de estudiarte, ¿sabes? Has sido muy convincente.

—¿Qué? —El terror pintó la cara de Jenner con tiza.

—Vendrás conmigo; te estudiaré mientras vuelvo a mis quehaceres. Supongo que te servirá conocer algo de mundo; tal vez hasta mejore tus concepciones mentales.

—¡Moriré aquí afuera, burbuja de pedos! ¡Este traje no tiene más de dos horas de oxígeno!

—Oh, ya lo sé. Una hora y cincuenta y dos minutos, para ser exactos. —El huésped parecía divertido.— Pero mucho antes vendrá tu cobijo. Mira, aquí llega ya.

La Estación Radical Mu, con su ridícula forma de corteza de cacahuate giratoria, acudía a su encuentro a una velocidad para la cual no había sido diseñada.

Le costaría trabajo luego a Jenner encontrar en su memoria un alivio semejante al que sintió entonces.

—Mover esa lata me llevó algo de concentración, por lo que no pude conversar contigo por un momento —comentó la esfera azul—. Tendrás que entrar y detallar a tus congéneres lo que hemos estado discutiendo.

De modo que eso es lo que había estado haciendo, cayó en cuenta Jenner. “Y yo que creí que lo había hecho meditar”, se dijo.

La Estación Radical Mu estaba frenando y emparejó velocidades, quedando a unos cincuenta metros. Jenner activó los cohetes y se aproximó lentamente a la esclusa.

—¿Seguiremos en contacto si entro ahí? —preguntó.

—Pequeño, siempre seguiremos en contacto. Es... inevitable. Pronto llegaremos a la frontera, y cambiaré entonces mi movimiento. Será mejor que estés dentro o no quedará más que papilla de ti para estudiar, y sospecho que serás muy parecido a tus platelmintos.

—Hum...

Activando los “retros” con la derecha, Jenner manoteó con el brazo izquierdo uno de los pasamanos que enmarcaban la poterna. Probó de conectar con Europa, pero los chillidos de la mujer lo hicieron recular en su intento.

Cumplió el ciclo de la esclusa meditando en su suerte. “Tú y tu maldita boca”, se dijo.

Bien, algo se haría.

3. El cacahuete

La Estación Radical Mu era una de las últimas adquisiciones de la Flota

de la Generalidad, con el diseño más adelantado en ERACs (Estaciones Radicales de Apoyo en Combate). A su pila atómica de diez años, inviolable e indestructible (o eso decían), sumaba el robot cirujano más avanzado, unas instalaciones de comunicaciones de primera línea, la posibilidad de tomar tierra en planetoides cuya gravedad no superara los 0,6 g y una mediana capacidad defensiva, basada en proyectiles de amplio radio de acción y láseres de alta potencia (70 kW/cm² a doce kilómetros).

Su espigada estructura de 63 metros de longitud presentaba, citando de proa a popa, la cabina de mando (sobre la esclusa por la que acababa de ingresar Jenner), las zonas de gravedad (que incluían los alojamientos, el quirófano-cocina y el área de reposo y adiestramiento), luego la electrónica, criogenia y unidades de combate y apoyo (en el segundo tercio de la nave) y al final la planta atómica y los propulsores, más las antenas de comunicación para situación de reposo. La cabina del puente era un sitio bastante amplio, con un ancho de unos seis metros —de los cuales el equipamiento de control impedía usar más de cuatro— y una longitud similar, aunque su altura apenas alcanzaba los dos metros y medio en el centro.

El mote de “cacahuete giratorio” que se había ganado el diseño se debía al aspecto que presentaba al acercamiento desde la parte de proa, que era por donde normalmente se accedía a la estación: los abultamientos en línea de las zonas de alojamientos,

quirófano y recreación eran tres burbujas ovales unidas entre sí, rotando en derredor de la del medio, que estaba colocada siguiendo el eje longitudinal de la nave.

A ojos de Jenner, el cacahuete era ahora la única cosa que lo unía a todo aquello que, si bien no había llegado a amar, estaba acostumbrado a padecer. Mientras se cumplía el ciclo de la esclusa, pensaba en lo increíble que resultan a veces las cosas: ayer estaba maldiciendo un pésimo viaje a 3 g y un recorte de su período de descanso, y hoy se hallaba embarcado en... ¿en qué? En un delirio, en una abducción provocada por una... una bola de grasa extraterrestre.

—Me gusta ese nombre —brotó por su radio, antes de que se liberara de la escafandra.

—¿Qué? ¿Cuál nombre?

—Bola de Grasa. Suena bien.

—Lo... ¿lo dices en serio?

—¿Acaso te mentiría? —Y el eco de esa extraña risa volvió a oírse.

Jenner se quitó el casco, y luego el resto del traje, colgándolo en el armario que se había abierto. Activó el cierre; el armario limpiaría el atuendo espacial de toda huella de radiación y polvo cósmico y lo dejaría listo para una futura salida.

Apenas lo había hecho cuando sonó el aviso de igualación de presiones; fue a activar la poterna que daba a la nave, pero ésta se deslizó sin su intervención.

—¡Rack, maldita sea! ¿Dónde demonios estamos? ¿Qué nos pasó? —Hercule “Willy” Wilcox, segundo de a bordo, ingeniero de sistemas y paramédico, tenía tal mirada de a-

sombro y terror que le ocupaba toda la cara.— ¡Habla ya, hijo de puta...! ¿Qué quiere de nosotros esa... esa cosa?

Jenner lo apartó suave pero firmemente del vano de acceso, para llegar a la escalinata de la cabina. Los alaridos de Europa atravesaban el aire como el silbido de una olla a presión.

—¿Qué le sucede a la mujer? —atinó a preguntar, haciendo una mueca y cubriéndose los oídos.

—¿A ella? ¡Qué mierda me importa lo que le ocurre a esa gorda loca! ¡Quiero saber qué nos pasará a nosotros de ahora en más! ¿Me oyes?

—Bah, no nos pasará nada...

“Ya vendrá el tiempo de las explicaciones”, se dijo Jenner; “ahora hay que tranquilizar a esa alarma de incendios...”.

Trepó por el pasamanos sin hacer uso de los escalones. Le gustaba la falta de gravedad, pues se sentía más seguro moviéndose con sus fuertes brazos que sobre sus inseguras piernas. Asomó la cabeza por el vano de la cabina y paseó una rápida mirada por el ancho del puente, que estaba sumido en tenues luces de abigarrados colores.

Las escotillas frontales parecían un mosaico de tonos pastel: el huésped llenaba el horizonte visible con las extrañas particularidades de su superficie. El vacío puesto de A&A (Análisis y Acciones), a la derecha, mostraba las pantallas encendidas, pero mudas. La burbuja del detector de masas latía, buscando qué medir. Las líneas trazadoras del analizador

de campos barrían la pantalla sin interrupción y sin mostrar nada.

“Entonces era cierto”, se dijo. “La maldita cosa no deja huella en los detectores...”.

A dos metros a su izquierda estaba el puesto de comunicaciones. Sentada frente a los paneles yacía Europa; la boca llena de aire y las mejillas de lágrimas, los puños aferrados a los pomos de control para maniobras de alta aceleración; las pantallas frente a ella fluctuaban de manera incomprendible, probablemente debido a los mandos que apretaba la mujer con sus dedos engarfiados por el terror. Jenner se impulsó hacia arriba, y un oportuno rebote de su mano derecha contra el techo de la cabina lo depositó al lado del puesto de Europa.

—¡Will! —gritó—. ¡Trae algo para calmarla!

Comenzó a desprenderla de su butaca, liberando las conexiones y chupetes de sus dedos, oídos, ojos y senos, y esquivando los repentinos manotazos que ella comenzó a propinarle. La muchacha estaba realmente fuera de sí, y cuando Jenner descubrió sus ojos vio en ellos una mirada perdida y enloquecida.

—Mierda... ¿Qué haces, Will? ¡Trae de una vez esa maldita jeringa!

—Ya voy, ya voy...

Jenner intentó liberarla de la butaca y alzarla en vilo para llevarla al quirófano, pero ésa fue una mala idea: ahora no eran sólo los brazos de Europa los que revoloteaban, sino también sus piernas. Y en gravedad cero eso era mucho más peligroso.

Vio como se quebraban los dedos del pie izquierdo de la mujer

contra la base de la pantalla de comunicaciones, y recibió al mismo tiempo un codazo en pleno rostro. El impulso combinado de ambos golpes desprendió su apoyo del suelo de la cabina y lo hizo rodar en el aire, sujeto al flanco de Europa.

—¡Wilcox!

—Aquí estoy, ya... pero... ¿para qué la quitaste de ahí? ¡Eres un torpe!

—¡Ayúdame, maldita sea!

—De acuerdo, de acuerdo, tranquilo. Suéltala; déjala sola.

Los alaridos de la mujer habían cambiado de entonación: su voz estaba enronqueciendo; la garganta cedía ante el esfuerzo continuado. Jenner la soltó entonces y se apartó de ella con un leve empujón; la fuerza centrífuga le hizo golpear la espalda contra el suelo, y sus talones dieron dolorosamente contra el respaldo de la butaca en la que había estado sentada Mina. Se revolvió con un quejido, cerrándose en postura fetal, y a poco se estabilizó. Apoyó los pies en el suelo y se alzó despacio, sintiendo trallazos de dolor en ambos tendones de Aquiles.

Europa flotaba girando y pataleando de frente a Jenner en el centro físico de la cabina, aún poseída por un pánico ciego. Detrás de ella Wilcox disponía ya la jeringa de aire comprimido, cargada con un calmante. Le aplicó el aparato en la base de la columna, moviendo el brazo para acoplarse al giro de la muchacha, y disparó.

Ella no pareció enterarse, ocupada como estaba en su agonía; pero a poco cedieron sus evoluciones y sus

gritos cambiaron a un quejido largo y ronco.

A Jenner le dio pena verla en ese estado. La había tratado sólo por unas horas, antes de su encuentro con el huésped; le había parecido una chica simpática y eficiente, muy dada a congeniar rápido. Ahora rodaba como una estrella de mar, la mirada vidriosa, la boca salivada, los brazos y las piernas relajados y extendidos. Los grandes y bonitos senos, aún enrojecidos sus pezones por los chupetes de conexión, se extendían flotantes, turbadores, inflados por la inexistente gravedad. Había sufrido cortaduras en una mano y en un pie; las gotas de sangre corrían por sus extremidades y, merced a la fuerza centrífuga, salían despedidas hacia el techo, muros y suelo de la cabina, trazando un oscuro círculo a su alrededor. Lo mismo hacían sus lágrimas y saliva, deslizándose por las sienas y formando como un brillante halo alrededor de su cabeza.

Las palabras de Wilcox lo volvieron a la realidad:

—Bien, vamos a detenerla; ayúdame —dijo el paramédico.

—Okey.

—¿Listo? Ahora.

Ambos clavaron los dedos en el ceñido mono azul antideslizante que cubría a Europa desde el cuello a los tobillos, y cuyo pectoral estaba abierto para permitir el conexionado de los chupetes de alarma en los senos. No parecía un diseño estándar, pero Jenner no era un conocedor de las vestimentas del personal de apoyo. Anclándose en los paneles, detuvieron a Europa en su giro y la arrastraron ha-

cia el transitor, bajando la escala de acceso al puente.

El transitor era el elemento mecánico que hacía sencillo el paso de la estática del puente al giro de la parte rotativa. Había dos entradas, a sendos lados del fondo de la zona de acceso de la espacionave: una de ingreso y otra de salida, aunque ésta no era más que una convención para evitar tropiezos entre los tripulantes; las cabinas tras ellas eran idénticas en todo, desde su pared totalmente acolchada hasta la falta de ventanas. Se acomodaron con cierto esfuerzo en el estrecho vano, apoyándose contra la pared más lejana al centro de la nave y apretando a Europa contra ellos, y Wilcox activó el mando.

El transitor cerró la puerta, aceleró su giro para acoplarse a la parte rotatoria y una vez completa la transición liberó el acceso al sector que le había otorgado su apodo a la ER Mu: el cacahuete.

Wilcox rodó fuera del cubículo: la pared exterior era ahora el piso de la nave. Se puso en pie y tomó de los brazos a Europa, retirándola del transporte y arrastrándola con facilidad; la gravedad en esa zona era de apenas 0,3 g. Jenner lo siguió a gatas, activando el cierre del transitor con el pie.

La zona del quirófano-cocina era un grueso toroide, con un diámetro mayor de siete metros, que era lo que servía de piso; tenía seis metros de longitud, y en la pared final, a 180 grados entre sí, se abrían otras dos puertas al segundo transitor, el que permitía el acceso al sector de combate y apoyo.

La circunferencia extendida del quirófano, a lo largo del piso curvo,

era de casi dieciséis metros, lo que permitía acomodar al mismo tiempo a diez soldados heridos en combate, cada uno en su camilla y con pasillos de ochenta centímetros entre ellas. Como centro del toroide, ocupando casi todo el espacio disponible sobre ellos y siguiendo el eje de la nave, estaba el gran cilindro que era el quirófano-cocina, con sus diez unidades centralizadas.

El suelo del cuarto giratorio estaba cubierto de manchas cuadrangulares. Las rojas y grandes eran las camillas, que se alzaban a un metro de altura sobre sus fuertes paralelogramos extensibles sólo con apoyarles una mano encima. En los vanos entre ellas, unos rectángulos más pequeños y de color azul, ubicados de a tres, eran las banquetas, que no se alzaban de la misma forma, sino mediante la introducción de un dedo en un hueco y presionando una tecla. Esto era para prevenir su apertura cuando los paramédicos caminaban nerviosos por los pasillos entre lechos. Gracias a las banquetas, el quirófano también servía de comedor para treinta personas, con las camillas a guisa de mesas. Y, anulando el alzado automático de las camillas mediante una tecla en la pared, hasta podía convertirse en espacio de carga o en un extraño salón de baile.

Wilcox arrastró a Europa hasta dejarla sobre una de las camillas; a medida que la mujer fue pesando sobre ella, la mesa se fue alzando del suelo hasta detenerse con un *clac* a un metro de altura.

En el teclado hundido en el espesor de la mesa, el paramédico acti-

vó la llave de reconocimiento. En breves instantes, unos paneles deslizantes se deslizaron encima de sus cabezas: el Cirujano 7 entraba en acción. Dos brazos servoasistidos, con sensores en sus extremos, se acercaron a la paciente, que aún suspiraba roncamente; de la camilla, en tanto, partieron unos cinturones sensitivos que —tanteando la zona— se amoldaron suavemente a sus extremidades y cuello. La goma de la parte superior de la camilla se deformó entonces para adaptarse al cuerpo e impedirle todo movimiento bajo su puesta aceleración.

—Bien, ya está en manos de quien sabe. No creo que sea nada —dijo Wilcox—. Ahora dime: ¿cómo mierda volveremos a casa?

Jenner no contestó.

El ceño fruncido, la mirada torva, impidieron que Wilcox pensara que un poco más de presión lograría las respuestas que su torturada mente requería. Por ello sólo lo miró, mientras el comandante de la malograda misión giraba en redondo hacia el transitor, se echaba de espaldas a su lado, lo activaba y volvía a la parte frontal de la nave.

Wilcox pensó en seguirlo, pero luego se dijo que más valía esperar. No le gustó el aspecto de Jenner. Giró su rostro y atención hacia Europa, y se puso a observar cómo las mangueras y brazos del C-7 le restañaban la sangre y suturaban las heridas y las escoriaciones con tela médica.

Una vez de regreso en el puente, Jenner se apoyó sobre el respaldo del piloto, con la vista fija en la esfera

azul que los arrastraba fuera del universo. Su mente era un caos de pensamientos, del que no podía extraer ninguno útil.

—¿Sigues ahí, Bola de Grasa? —preguntó.

—Claro. ¿Dónde quieres que me vaya? —respondió el ente, usando el transmisor principal de la nave.

Jenner pensó en decirle dónde, pero luego de chasquear la lengua prefirió no hacerlo. Se sentó en el puesto de pilotaje y comenzó a masajearse sus doloridos tendones de Aquiles.

4. El especialista en nada

Hercule “Will” Wilcox se sentía frustrado de muchas y diversas maneras. Hijo de un acaudalado magnate de la prospección minera, se había retirado de la sobreprotección de un padre imbecil —que creía que su éxito comercial le serviría para obtener todas las respuestas de la vida— quemando sus naves, sólo para darse cuenta de que no lograría descollar en nada. Talentoso para la investigación en medicina, había nacido en una era en la que los conocimientos médicos estaban concentrados en los cirujanos robots y los humanos sólo oficiaban como adláteres de una máquina. Eso era muy cómodo, por supuesto: nada de juicios por mala praxis... pero nada que tampoco le sirviera a Wilcox.

También resultó muy bueno en la composición, la escritura y el arte de la palabra, en un tiempo en el que lo más complejo era el discurso de los jefes político-militares y la ficción

estaba restringida a la epopeya heroica. Incluso su habilidad para comprender los sistemas de inteligencia artificial le pareció que sería una posibilidad a explorar, sólo para darse cuenta al poco tiempo de que ya eran los cerebros electrónicos quienes diseñaban las nuevas series de cerebros electrónicos. Intentó muchos otros campos, pero no quiso convertirse en especialista: quería profundamente ser alguien; no un recurso a explotar guardado en un frío sarcófago electrónico. Y la época no lo favorecía.

No tenía forma de escapar moralmente, entonces, a la comparación con su exitoso padre. De modo que se hizo paramédico por decantación y esperó que el futuro le fuera más benigno. En lo suyo resultó muy bueno, como era de esperar; pero su frío espíritu de investigador le volvía algo difícil el compenetrarse con el paciente. Por ello inevitablemente había derivado hacia la milicia: los soldados no eran más que números, y ninguno de ellos esperaba de él que fuera más que una extensión móvil del cirujano robot.

Allí esperó a que llegara su tiempo. Y cuando la Armada dio a luz las Estaciones Radicales de Apoyo, con esos robots cirujanos tan complejos y avanzados, a Wilcox no se le hizo nada difícil conseguir el puesto en la Mu. De hecho, era el único tripulante de la dotación normal de la nave; en Ceres le habían impuesto a esos dos indeseables de Jenner y Henderson, e incluso le habían cambiado a varios de los Pros de apoyo, los especialistas hibernados.

Nunca se le ocurrió pensar que la Generalidad lo consideraba a él tan indeseable como a ellos. Demasiado pensante, demasiado frío, demasiado hábil. Demasiado propenso a discutir órdenes. Demasiado inteligente. Demasiado inmanejable.

Se encontraba, en esos momentos, en medio de un extraño acontecimiento, que no terminaba de comprender en forma cabal. Tenía que hablar con el torpe de Jenner para saber qué estaba sucediendo realmente. Pero ahora había algo más que captaba su atención.

Dormida artificialmente en la mesa de operaciones, Europa ya no lucía esas pesadas características que tanto le disgustaban: esa charla insidiosa, esa vitalidad desbordante, esa humanidad evidente. Ahora no era más que un espécimen interesante. Como espaciana especialista en comunicaciones, había accedido al beneficio de la adecuación de sus pies al medio ingrávido de las naves. El fortuito hecho de que se hubiera fracturado uno de ellos le permitía ahora al paramédico el contacto directo con una modificación seudogenética de primera calidad, que sólo había visto antes en estereofotos.

Los pies de Europa eran prensiles: poseían largos y fuertes dedos y un pulgar casi totalmente oponible, aunque el giro de su articulación le permitían caminar perfectamente sobre las plantas cuando estaba bajo gravedad. Mientras el robot cirujano desmembraba el pie para reubicar tendones y reparar el tejido óseo dañado, Wilcox se extasió admirando la suave y perfecta-

mente adecuada curva de los huesos artificiales implantados.

Sabía, en su calidad de paramédico, que ésta no era la única modificación que había sido hecha en el cuerpo de Mina Henderson; también estaba el depósito de oxígeno comprimido en la base de su pulmón derecho, la mejora de las articulaciones en sus rodillas, columna y cadera (que le permitían a la mujer maniobras sólo accesibles a las antiguas gimnastas) y la posibilidad de colapsar sus costillas y clavículas para atravesar zonas de mínimo espacio, comunes en las naves de guerra. Una oficial de comunicaciones, en una nave sin energía en el apogeo de un combate, tendría que arrastrarse entre paneles combados, contorsionando su cuerpo de manera increíble y manteniéndose viva gracias a su pulmón artificial, entre el aire irrespirable por los venenos, para que las distintas secciones en que se combatía no perdieran contacto con el puente en medio de un ataque por medios electromagnéticos.

El hecho de que Mina hubiera terminado sirviendo en la ER Mu se debía —como bien sabía Wilcox— a su “excesiva empatía y sensibilidad, no idóneas para el puesto”, como rezaba su expediente. Demasiado amigable la gorda para una nave de guerra, supuso. Confraternizaría con los infantes y luego le costaría mucho sentir lo mismo por los trozos restantes de sus cuerpos tras el combate. A él, se dijo Wilcox, jamás le sucedería tal cosa.

Pero como ya el cirujano sellaba el pie, Wilcox se descubrió volviendo a pensar en su situación actual. Com-

probó por última vez el estado de Europa echando un vistazo a los monitores, y luego se dirigió al transitor que llevaba al puente.

Jenner se encontraba en el puesto de Comunicaciones. La pantalla estaba en modo archivo y el comandante escribía con rapidez en un teclado manual, probablemente retirado de la terminal de A&A y enchufado en el conector de servicio del panel de Com. Evidentemente, no entraba en el asiento de Europa y tampoco entendería los códigos, señales y colores expresados por las pantallas.

—Si es que intentas comunicarte con la Base, olvídale —dijo Wilcox. Jenner giró la cabeza en forma brusca hacia él, como si no hubiera esperado verlo llegar.— Estamos sin contacto desde que esa cosa nos movió del sistema.

—Sí, ya lo verifiqué, y no lo comprendo.

—No es muy difícil de comprender: nos hemos quedado sin antenas. Cuando nos movió, la nave tembló bruscamente y eso hizo que colapsaran. Son muy frágiles; se extienden sólo en estado de no aceleración, ya sabes.

—Oh. Sí, ya entiendo. Bien, ahora intento hacer una búsqueda en el archivo, pero no conozco los sistemas de este puesto. Demasiado avanzado para mí.

—Sería inútil que los conocieras. Sólo Europa, en tanto mujer y operadora, puede comunicarse de forma eficiente. Sabes que ha sido modificada.

—Sí, lo suponía, pero... ¿por qué dices lo de "mujer"?

Wilcox pareció enfurruñarse.

—¿No te ha llamado la atención de que todo operario de Com es mujer? Ellas pueden atender a muchas cosas al mismo tiempo con mayor facilidad que los hombres; tendrías que saberlo. Su cerebro es distinto, y hay una selección muy dura en ese sentido para admitirlas al entrenamiento y luego a la modificación.

—Entiendo. Verás, intento acceder al archivo de criogenia.

—¿Para qué quieres hacer tal cosa? —Esa mirada de lobo otra vez.— Muy bien, déjame intentarlo.

Jenner le pasó el teclado. Wilcox se acurrucó en el suelo contra el asiento de Com y comenzó a escribir.

Al rato dijo: —Criogenia.

Un momento después: —Numerario, recursos, potencia disponible... ¿Qué buscas?

—Dame eso.

Wilcox le devolvió el teclado con cara de pocos amigos. Jenner intentó obviar su enojo amparándose en su rango de comandante de la misión, pero luego recordó que estaba muy lejos de su base y sería mejor contar con la lealtad de todo elemento disponible.

—Hum. Verás, intento... Bien, el asunto es que tenemos aquí un problema grave. El huésped nos arrastra fuera del sistema y no tenemos comunicación con ningún tipo de rescate. Ni tú ni Europa me servirán como apoyo si he de suponer la posibilidad de un enfrentamiento... con algo que ni siquiera conocemos, de modo que necesito a alguien más.

—¿Quieres despertar a todos?

—No, sólo a uno o dos. No sabemos cuánto tiempo tendremos que vivir exclusivamente de nuestros recursos, de modo que habrá que pensar en racionarlos desde ahora.

—No hay apuro, me parece —dijo Wilcox, y se alzó del suelo, apoyándose en la consola lateral del puesto Com—. Hemos sido cargados al tope en todos los tanques de almacenamiento antes de salir de Ceres, por lo que tenemos una autonomía de al menos dos años en aire y alimentos. Y sólo somos tres, de modo que...

—Bien, yo prefiero que seamos cuatro o cinco.

—Es igual —dijo con displicencia Wilcox—. ¿Crees que el monstruo nos perdonará la vida por tanto tiempo?

—Bola de Grasa, si no te molesta —salió por el comunicador.

El paramédico se separó tan bruscamente de la consola, que salió volando por el impulso, perdió por milímetros el manotazo que buscaba el marco y se estrelló en forma poco elegante contra el techo de la cabina, tres metros más allá.

—¿Qué...? ¿Quién...?

—Prefiero que me llames Bola de Grasa, Hercule Wilcox —repitió la bocina del comunicador del puente.

El rostro de Wilcox se puso blanco, pero Jenner ya había meditado en el asunto.

—Oye, Bola de Grasa, hay algo que deberemos tratar —dijo, mirando a la superficie azul variopinta que brillaba más allá de los ventanales de proa.

—¿De veras? ¿Qué cosa es?

—Sí. Verás, tú nos conoces por la información que has capturado en tu viaje de aproximación, pero ya sabes ahora que hay muchas cosas que te falta entender acerca de la humanidad. Una de ellas, y muy importante, tiene que ver con la privacidad.

“No es correcto que te metas con nuestros pensamientos. No por una cuestión de respeto, pues ya me has dicho que somos apenas nada para ti, sino por una simple razón de estudio. Tienes que saber que, para evaluar el comportamiento de unos especímenes, no puedes modificar su entorno hasta que se les vuelva irreconocible, pues entonces desarrollarán pautas atípicas y jamás sabrás cómo hubiera sido todo en condiciones normales. ¿Soy suficientemente claro?”

—Eres claro, pero no estoy muy convencido. ¿Cómo haré para evaluar algo si no me meto con él?

“¿De quién era el famoso gato?”, se preguntó Jenner.

—Bien, ya pensaremos en ello, ¿de acuerdo? Pero este sistema de comunicación que ahora usas será mucho menos invasivo y pernicioso para nosotros que la lectura de mentes. Y, además, tus especímenes pueden comunicarse, ¿te has dado cuenta? Eso los faculta para responder a tus preguntas de una manera bastante eficiente.

—De acuerdo, veo tu punto. ¿De modo que no debo meterme en vuestros asuntos?

La anhelante mirada de Wilcox pasaba de la bocina de la nave hacia Jenner, sin solución de continuidad... ni calma alguna.

—Sería muy preferible. Podrás analizar nuestra forma de vida cuanto quieras, pero comenzaremos mañana. Es decir, a las... cero ochocientas de mañana, ¿de acuerdo? Tenemos que arreglar ciertas cosas por aquí. Tenemos un herido y... y otras cosas que hacer antes de dedicarte nuestro tiempo.

El gesto de sorpresa de Wilcox era notable.

—Eso es... Bien, trato hecho. Nos veremos entonces —dijo el huésped, y el comunicador enmudeció.

El suspiro de Jenner podría haberse escuchado en toda la nave. Se giró y le preguntó al paramédico: —¿De quién era el famoso gato que estaba en la caja...?

Wilcox era la personificación del terror. Había descendido al piso, pero estaba agazapado y con el rostro tenso y los ojos desmesuradamente abiertos.

—Acaso... ¿Acaso te has vuelto loco? ¿De qué maldito gato hablas? Esa cosa va a matarnos a todos..., ¡y tú piensas en un estúpido gato!

—Tranquilízate, Will...

—¿Qué infame trato has hecho con ese monstruo? ¡No dejaré que me abra en canal, maldita sea!

—¡Basta, Wilcox! Te digo que todo está bien. ¿Preferirías estar muerto? Tenemos una oportunidad de salir de aquí, aunque sea imposible de ver por ahora...

Wilcox sacudió la cabeza, los ojos fijos en el rostro de Jenner.

—Tú has de estar loco. Esa... ese ser nos tiene a su merced, ¿no lo ves?

Jenner no pudo más que sonreír.

—Vaya si lo sé. Pero mi intención es convertirnos en un hueso duro de roer, y para eso necesito de tu ayuda. ¿Estás conmigo, o no?

“Tengo que leer el expediente de este tipo”, se dijo Jenner. “No puedo estar discutiendo con él a cada paso que doy. Se está tomando su tiempo; no confía en mí. Pero... ¿cómo confiaría? Apenas me conoce. Apenas lo conozco”.

—Está bien —concluyó Wilcox—. Supongo que estamos todos metidos en esto, y hemos de bailar juntos.

—Bien dicho, amigo... —Hasta al propio Jenner le malsonó ese “amigo”, pero no pidió disculpas.— Ven, ayúdame con esto —le tendió el teclado.

—¿Qué debo hacer? —la voz de Wilcox aún se oía medrosa.

—Búscame el listado de los que hibernan. Edad, capacidades, todo lo que halles.

—Bien. Me... me tomará un rato, creo.

—Siete. Tenemos siete.

El listado resumido estaba frente a sus ojos en la pantalla de comunicaciones, en modo texto.

—Un minero. Un ingeniero... dos ingenieros; uno de armas, el otro de estructuras. Un asesino... mujer, es mujer. Qué raro. Un biólogo, Morrison. Lo conozco; trabajé con él una vez. Es muy bueno. Dos expertos en astrografía; no sé por qué dos. Suele bastar con uno... Ah, son marido y mujer. Un capitán de combate. Eso es todo.

—Hum...

La lista era bastante convencional. En esta época de guerra intermi-

nable y robots especializados, un especialista humano realmente bueno era algo difícil de hallar. Por ello se los conservaba en los bancos criogénicos, para tenerlos a mano sólo en casos de emergencia. Eso le permitía a un especialista servir por generaciones.

—Despierta a ésta —dijo Jenner.

—¿La asesina? ¿Para qué quieres a una asesina a bordo?

—Para quitarnos de encima a Bola de Grasa.

—Bola de... ¿De veras se llama así?

“¿Cómo le explico?”, se dijo Jenner. “Ni yo sé por qué se ha puesto semejante nombre. Pero... ¿para qué explicarle?”, concluyó.

—Ve y retira de hibernación a esa tal Sussex.

—Muy bien, muy bien, lo haré. Espero que no nos asesine a nosotros... ¿Y tú qué harás, en tanto?

—Yo... Ven, dime cómo llegar al archivo de expedientes.

—Pues, no tengo idea. A ver, dame eso...

Le llevó algo más de tiempo, pero al fin dijo: —Helo aquí. Que te diviertas.

Wilcox le arrojó el teclado. Ya se descolgaba por la escala cuando Jenner lo llamó.

—Will.

—¿Qué sucede?

A los ojos de Wilcox, el tosco rostro del comandante se veía lívido y enfermizo bajo la tenue iluminación azul que manaba del huésped, al otro lado de los visores frontales.

—Gracias. Todo lo que te he pedido lo has hecho, y bien.

Wilcox sonrió de forma extraña.

—Descuida. Ya te pediré yo alguna cosa.

—Lo que quieras, amigo.

Esta vez sonó más sincero, pero la torcida sonrisa en la cara del paramédico no se extinguió.

—Seguro. Hasta luego. —Y se marchó por el transitor.

Pensativo, Jenner se reclinó de nuevo en el incómodo asiento de comunicaciones y se enfrentó a la pantalla de expedientes, dispuesto a informarse de sus recursos en personal. Sin embargo, la voz de Wilcox lo interrumpió por el comunicador antes de que decidiera qué archivo consultar primero.

—Europa ha despertado. Quiere verte.

5. El rapto de Europa

Mina Henderson era una esclava de su propia condición de mujer, como tantas otras mujeres en la historia. De innegable capacidad mental, poseedora de un sentido del equilibrio y reflejos poco común y de una generosa dotación de amor propio, complicaba todo ese enorme talento —a juicio de sus superiores en la Generalidad— por causa de una excesiva empatía con las personas. No era sólo que su sensualidad corriera pareja con su libertinaje, sino que se sentía responsable por cada infante que pasara por su lecho para calmar la típica soledad del soldado espaciano reposando entre sus generosos pechos. Europa era una madraza, y como tal se emparentaba en forma automática con todo ser vivien-

te que se agitara alrededor. Por eso mismo era la preferida de las tropas donde fuera —¿quién no quería que mami estuviera al otro lado de la línea?—, y la más detestada por los jefes, debido a que su osada vestimenta complicaba las relaciones a bordo y su exceso de empatía desequilibraba los cálculos de pérdidas.

Mina Henderson, en su rol de oficial de comunicaciones en una nave de guerra, había sido capaz de vencer a dos batallones completos de auxiliar a un único alférez medio muerto que flotaba en campo enemigo. El hecho de que volvieran sólo dos infantes malheridos arrastrando el cadáver tampoco ayudó a que Europa se sintiera mejor, pero sostenía que se debía hacer todo por todos, hasta lo imposible. Hasta lo inadecuado, decretó la Generalidad. Eso motivó que la desplazaran de la Jef Com del Cástor (uno de los dos enormes acorazados de asalto que eran las naves de bandera de la Generalidad de la Liga Americana, junto con el Pólux) y la tuvieran dando vueltas por varios sitios desde entonces.

Europa había elegido su alias por nacer en el satélite de Júpiter, pero ésa era la historia oficial. En realidad lo decidió en su adolescencia, cuando en un trabajo sobre historia antigua halló que la ninfa de ese nombre había sido raptada por Zeus, en forma de toro, y había nacido de ella el Minotauro. Soñó por semanas con tan furiosa cabalgata, y desde entonces buscaba el toro que la montara a ella.

Un día surgió la necesidad de cubrir el puesto en la ER Mu, para con-

tactar al huésped. Con tino, la Generalidad consideró que la posición era para Mina. ¿Quién mejor que Europa, la más certera comunicadora de la Generalidad, para cubrir la necesidad de enfrentar lo desconocido? Y si acaso no volviera, arrebatada por enemigos más allá de toda comprensión, ¡qué grandísima pena!

Y qué grandísimo alivio.

Al salir del transitor y enderezarse, Jenner vio que Europa lo miraba con una inesperada expresión de rencor. Su corto cabello rubio ceniza estaba despeinado y su rostro algo hinchado por la crisis de unas horas atrás, pero a pesar de cierto brillo lacrimoso en los ojos se la veía calma y sensata. Su pie derecho era una burbuja traslúcida, al igual que el codo del mismo lado, y tenía unos pocos parches más distribuidos por el cuerpo semidesnudo. Los trozos del mono, que había sido abierto en varios sitios por el cirujano robot, colgaban a los lados de la mesa malcubriendo su piel.

La mujer había modificado la forma de la camilla para que se convirtiera en sillón de reposo, y desde allí lo miraba con ese extraño rencor y un mohín pintado en sus carnosos labios. Europa emanaba una sensualidad explosiva. En esa posición, y bajo una gravedad tan leve, sus opulentos senos de grandes pezones resultaban un imán muy fuerte para los ojos de Jenner, quien los soslayó no sin esfuerzo.

Cuadrando los anchos hombros, y lamentando la gravedad que haría flamear sus largas piernas, se acer-

có unos pasos hacia ella, mientras buscaba con la mirada algo a qué aferrarse para no verla.

—¿Dónde está Wilcox? —preguntó él, para romper el hielo.

—Fue hacia atrás. Dijo que iba hacia la heladora. ¿Van a sacar a alguien?

Luego de un momento de duda, Jenner se inclinó y alzó una de las banquetas, la que daba a los pies y a la izquierda de Europa. Se sentó con suavidad y se tomó ambas rodillas con las manos.

—Dime, ¿qué fue lo que sucedió allí, en el puente? ¿Tuviste una descarga eléctrica, o algo así?

Mina lo miró como si nunca lo hubiera visto antes.

—¿Qué crees tú que sucedió, Rack? ¿Qué te parece, soldado?

—Pues... ¿cómo voy a saberlo? Estaba algo ocupado mientras...

Europa, inmune a la ironía de Jenner, se alzó en la camilla; ésta se sacudió un poco bajo su impulso y sus senos entraron a danzar bajo la tenue gravedad.

“Quita la mente de ahí”, se dijo Jenner.

—¿Te parece poca cosa verte desaparecer como por brujería, maldita sea? Un instante antes te estaba diciendo que te calmaras, que ya había pasado todo peligro... ¡y tú comienzas a insultar a ese monstruo, como si estuvieras en una calleja de los suburbios! Y luego... ¡te desapareces, y no me contestas más! Y luego... No sé, no recuerdo bien... Todo comienza a moverse en mi cabeza. ¿Dónde demonios te habías metido?

De pronto, Jenner cayó en la cuenta. “¡No lo sabe! Ella no lo sabe”, se dijo. “No sabe que hemos sido capturados, y estamos siendo arrastrados a miles de kilómetros... ¿Miles? ¡Cientos de miles, millones de kilómetros!”.

De pronto, el peso de la completa realidad cayó como un mazazo en la cabeza de Jenner.

—Espera... ¿No hay un periférico aquí, un contacto con el puente?

—Sí, en la pared, al lado del transitor. Oye, ¿qué sucede?

Jenner se abalanzó hacia el muro, halló el panel, lo descorrió y tecléo en la botonera. Encima de ella se formó una imagen proveniente de la proa de la nave.

—¿Qué? ¿Ha vuelto el monstruo? —dijo Mina, detrás de él.

Jenner no le prestó atención. Entró en A&A, solicitó el mapa y las coordenadas siderales actuales, el vector de velocidad y la posición de la nave.

—Oye, Rack... Qué...

La computadora de a bordo procesó la información y entregó un diagrama, más una serie de datos numéricos.

Iban camino a la zona de Antares a seis mil trescientos kilómetros por segundo de velocidad, y aumentando. Pero sin sentir aceleración, lo que era imposible... ¿Estaban dentro de un campo gravitatorio generado por el huésped?

Y ya habían superado la nube de Oort.

—¡Rack Jenner!

El alarido le hizo girar la cabeza azorado, y vio a Mina bajando de la camilla, apoyando con sumo cuidado

el pie derecho, protegido por la burbuja de venda médica. Europa, a su vez, vio el pánico en el rostro del comandante de la misión.

—¿Me dirás qué demonios está sucediendo? ¡Exijo saberlo, maldita sea!

—Yo... Eh...

—Hazte a un lado, qué demonios... No, ven aquí, te necesito. Ayúdame.

Europa lo instaló frente a la terminal, apoyó en él su espalda para así descansar el pie y comenzó a teclear a toda velocidad.

—No puede ser... ¡No hay contacto!

—No... no tenemos antenas, porque...

—¿Qué estamos haciendo aquí, por Dios?

—Hemos sido capturados por...

—¿Cómo que no hay aceleración?

—No... no lo sé...

—¿Nos capturó esa cosa? ¡Ni siquiera aparece en...! Oh, claro que no aparece.

Jenner la sujetó entonces, rodeando su pecho por debajo de los brazos. Estaba seguro de que rodaría desmayada... o peor, de que volvería a descontrolarse, y tendría un rapto de locura como el anterior. Incluso tomó aire para llamar a Wilcox.

Pero Europa interpretó muy distintamente el gesto y tomándole las manos, las dirigió a sus grandes pechos, mientras le decía: —No es momento ahora, querido. Pero aquí tienes un caramelo para ti.

Y siguió tecleando por información.

El gesto de sorpresa de Jenner debió ser notable, pues Europa, viéndolo por el reflejo en la pantalla, le guiñó un ojo.

—Son grandes, ¿eh? Y todo para ti, si te portas...

Entonces se escuchó rodar el transitor. De repente molesto, Jenner giró, desprendiéndose de Mina, y caminó hacia el acceso de popa. Wilcox, ese patán sabelotodo, debía venir con la profesional extraída de la criogenia. Pero quienes salían del sueño helado lo hacían en muy bajo nivel muscular, por lo que se los debía ayudar a movilizarse. No se podían tener en pie por horas. Era sencillo para una persona sola ayudarlos en la popa de la nave, sin gravedad; pero aquí, aun bajo la poca tracción que había, era complicado desplazar a un recién despertado. ¿Qué sucedería si por un mal movimiento el Pro se golpeaba la cabeza? El paramédico debió avisarle que llegaba...

—Ese idiota de Wilcox... ¿Por qué no me llamó para ayudarlo con...?

Pero se frenó en seco unos metros antes de llegar. La puerta se había deslizado y de él salió la visión más delirante de esa jornada.

Era ella.

Salió en primer término del transitor, rodando, y en un solo movimiento de látigo acabó de pie, a dos metros de Jenner, quien pudo ver detrás de ella a Wilcox, asustado y remiso a dejar el transporte.

Sussex, la asesina, medía dos metros quince de altura y era una mujer pavorosamente musculada, con una piel de color bronce metálico... pero

tan delgada y amenazante como la hoja de un cuchillo dentado.

—Será mejor que haya valido la pena despertarme —dijo.

Jenner no pudo siquiera tragar saliva.

6. La asesina

Ana María Alonso Castiñeras había nacido en un sitio privilegiado: la Reserva de Vida del Orinoco Superior. Era una de las pocos miles de personas del planeta que podía tener contacto con formas de vida no humanas, y de las cuales salían exclusivamente los guardafaunas de las diversas reservas, ciento veintiocho en todo el mundo. Igual que sucedió con sus padres, Anamarí se volvería receptora de una esmerada educación en biología, ciencias del comportamiento, clonación y climatología, para poder desempeñarse en el cuidado y duplicación de las formas de vida inferiores.

Lamentablemente, no iba a poder aprovecharlo. Doscientos años antes, su caso sirvió para anular toda una serie de cómodas leyes; las relativas a la condición hereditaria de los puestos en las Reservas de Vida. También sirvió para demostrar —una vez más— que la educación superior no hace mejores personas a quienes la reciben..., pero ésa es otra historia.

El padre de Anamarí comenzó a violarla a los ocho años. Como muchas veces pasa, Héctor Alonso del Carril, entonces jefe de la Reserva, resultó ser una persona demasiado importante, útil y costosa, no sólo

para terminar en prisión, sino incluso para que se sospechara de cualquier malformación mental y de comportamiento. El problema para la niña fue que no tenía manera de evitar a su padre. Pero su mente pronto ideó un cruel escape: comenzó a agredir a los animales de la Reserva.

Sus primeros intentos, demasiado evidentes, fueron descubiertos con facilidad; pero poco a poco mejoró en su destreza, y a los doce años no sólo conocía cientos de formas de detener una vida, sino que también había pasado al más riesgoso de los procedimientos: la lucha cuerpo a cuerpo.

Fue descubierta nuevamente a los catorce, cuando ya estaba por cobrar su séptimo tapir; poco antes había liquidado uno a uno a todos los jaguares, incluso a los tres clonados. Antes de que la capturaran consiguió matar a tres de sus perseguidores, pero con las manos desnudas le resultó duro enfrentarse a los sistemas de gases que al fin la detuvieron. Iba camino a un juicio y a ser condenada a la dispersión atómica, por lo que su padre, temeroso de que ella lo denunciara en la Corte, convenció a la Generalidad de entonces de enrolarla.

De modo que Anamarí combatió como infante durante un tiempo. Sin embargo, sus jefes directos encontraron poco natural que, en todas sus salidas de combate, fuera ella la única que regresara. Ya entonces había tomado el apodo de Sussex, por el famoso atentado nuclear terrorista en el condado inglés que había costado la vida de dos millones y medio de personas; en broma ella había declarado a sus compañeros de batallón

—y posteriores víctimas— que intentarían romper el récord.

Por supuesto, la Generalidad descubrió un posterior uso para Anamarí: el de agente libre para magnicidios. Se la separó del mundo y se la preparó largamente, soltándola cerca del objetivo... pero Sussex falló, y fue devuelta en un saco, aunque aún vivía. Por cuestiones de contrato no podían rechazarla, por lo que resolvieron jubilarla con una paga notable por servicios distinguidos.

Sussex usó el dinero de la paga y la herencia que recibió de su padre —fallecido en curiosas circunstancias— para recomponer y mejorar su organismo. Lo logró con tanto éxito que, pocos años más tarde, pudo eludir todos los mecanismos de seguridad y quedar frente a frente del propio generalísimo Winston Corps, y lo convenció —nunca se supo con qué argumentos, pero se los imagina fácilmente— de volver al servicio activo.

Desde entonces sirvió a la Flota en cuarenta y dos misiones exitosas, a lo largo de casi ciento noventa años y, merced a la reserva en criogenia de los Pro, se podría disfrutar de su “especialidad” durante mucho tiempo más. A cualquiera le podría extrañar, por lógica, que una asesina tan exitosa fuera agregada a la tripulación en suspenso de la ER Mu.

O tal vez no, si se comprobara que el nieto del propio generalísimo Winston Corps, también generalísimo, fue quien solicitó y firmó el traslado.

Instintivamente, Jenner retrocedió un paso. Sussex se relajó, distendiendo

y estirando los músculos, e interrogó al banco de datos de la nave mediante su implante cerebral de comunicación. A la apertura proporcionada por su código, la nave recitó su tipo, capacidad de ataque, dotación, posición y velocidad. Por supuesto, la asesina se sorprendió mucho de los dos últimos apartados, pero no lo demostró. Demasiadas veces había despertado luego de varios años de sueño helado para encontrarse con adelantos que no conocía.

Sonrió ante la idea de que pronto estaría frente a algo que matar. Esa sonrisa provocó escalofríos en los dos que pudieron verla, Jenner y Europa.

—Bien, ¿cuál es mi misión? —preguntó, con voz profunda.

Jenner se sorprendió buscando algo que decir.

—Pues... Verá usted, Sussex... En realidad, no tengo una misión programada aún.

—Entonces... ¿me habéis despertado antes de tiempo?

—No, no... Es que... la necesito como... Bueno, quería consultarle unos procedimientos para...

—Yo no soy quien puede darte procedimientos, muchacho —dijo la asesina, acercándose—. Deberías haber despertado a algún... Eh, ¿qué demonios es eso?

Su mirada estaba fija ahora en la imagen del huésped, cuya superficie rielaba en la pantalla del periférico del puente, en la pared opuesta por la que había entrado.

Jenner iba a responderle, cuando un violento sacudón los lanzó hacia el piso curvo del quirófano, por el

cual comenzaron a rodar. Los reflejos del comandante actuaron, y se revolvió extendiendo los brazos, sujetándose de uno de los alvéolos de las banquetas. Accionada por su peso, la camilla sobre la que había quedado cruzado comenzó a elevarse. Sujetándose ahora de ella, miró alrededor, confuso.

Europa seguía rodando lastimeramente a lo largo de la superficie exterior, lanzando un grito al que Jenner ya se estaba acostumbrando. Sussex, en cambio, había dado un salto apenas se produjo el movimiento. Sus dedos habían perforado el liso panel del cirujano y pendía ahora del robot quirúrgico; desde allí miraba con rostro sorprendido la imagen en la pared.

Jenner, retrepándose gracias a la camilla, se dio cuenta de que algo había frenado bruscamente al cacahuete, y que eso era lo que les había hecho rodar; había que agradecer a la baja gravedad el que sólo sufrieran unos pocos golpes y nada más. Perdido ya el impulso inicial, Europa también estaba siendo alzada del piso por otra camilla; Jenner podía distinguirla apenas desde de su posición, obstruida su línea de visión por el cilindro del robot quirúrgico. Debía estar a unos treinta grados hacia arriba siguiendo la curva de la nave.

Miró entonces hacia la asesina, que pendía en ángulo con la vertical... y luego siguió la asustada mirada de la mujer hacia el panel del puente.

Una gran ranura oval se había formado en la superficie del huésped, una ranura que se ampliaba a

ojos vistas... y que era demasiado parecida a una enorme boca. Incluso sus bordes parecían dentados, o tal vez mellados; pero de lo que no se podía dudar, era de que esa boca estaba a punto de tragarnos.

—¿Qué demonios...? —escuchó decir a Sussex.

En ese momento, Jenner sintió que la inercia acumulada por su cuerpo desaparecía. Estaban en caída libre.

La asesina se alzó entonces girando en el aire, apoyó sus pies en el robot, y desde allí se impulsó hacia la cabina que llevaba al puente. Al llegar extendió un brazo y golpeó con su mano extendida el contacto, revolviéndose; para cuando su cuerpo llegó al alvéolo la puerta ya se había abierto y terminó el movimiento perfectamente sincronizado dando de espaldas contra las almohadillas del transporte. Cerró y partió hacia el puente.

Jenner lanzó una maldición ante eso. Era preciso detenerla; la mujer no tenía idea de a qué cosa se estaba enfrentando —pero... ¿acaso lo sabía él?— y podría ponerlos en peligro.

¿En peligro? ¡El huésped estaba por comérselos crudos!

Pero ahora se veía obligado a esperar el ciclo del transitor, de modo que se acercó a gatas hacia Mina, para comprobar su estado. Andar a gatas por la curva del suelo era sencillo, porque, al ser convexa, la inercia lo ayudaba a apoyarse en él. Si hubiera querido hacer lo mismo en el techo convexo, se hubiera visto separado de la superficie.

Europa se quejaba, pero parecía estar bien. No obstante, el sacudón y los giros habían destruido lo poco que le quedaba de ropas, y florecía en su turbadora desnudez..., al menos a los ojos de Jenner.

—¿Qué... qué ha pasado, Rack? ¿Por qué estamos...?

—Tranquila, Mina, todo está bien. Deja que te acomode en la camilla... —La enderezó sobre la plataforma y conectó las abrazaderas.— Será mejor que te quedes aquí por un rato; ya vendré luego a verte.

Captó cierto movimiento en la periferia de su visión, y giró la cabeza: era Wilcox, que gateaba hacia ellos con el rostro demudado.

—¿Has visto a tu querido Bola de Grasa? —dijo el paramédico, al tiempo de alcanzarlos—. ¡Está a punto de...!

—¡Calla, maldita sea! Vendrás conmigo al puente. ¡Es una orden! ¿Me has oído?

Wilcox lo miró con sorpresa, pero luego pareció comprender.

—Sí... Desde luego, comandante.

Entonces cesó el murmullo del transitor, por lo que Jenner se arrastró hacia él y activó la apertura. Aprovechó para ver si Wilcox lo había seguido —así era—, echó un último vistazo al quirófano y se metió en el transporte.

Wilcox entró tras de él, lo cerró y activándolo se volvió hacia Jenner.

—¿Ella no lo ha visto? —preguntó.

—No. Estaba de espaldas entonces, y luego salió rodando. ¿Vale acaso la pena decírselo?

—Dime, ¿qué haremos si esa cosa...?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Ni siquiera sé lo que está haciendo el... Oh, claro.

Jenner miró a su alrededor, pero era un gesto inútil, comprendió.

—¿Bola de Grasa? —llamó. Nada.

—¿Me oyes, Bola de Grasa?

El transitor terminó su giro y la puerta se abrió. Salieron del alvéolo y tomaron la escala hacia el puente, aunque usando sólo sus manos. La escala estaba allí porque la ER Mu podía aterrizar en algunos planetoides; sólo entonces se revelaba útil.

Por segunda vez en esa larguísima jornada, Jenner se asomó con cuidado al puente.

El paisaje había cambiado. Por los ventanales del frente no se veía casi nada del azul de la superficie del huésped, sino que una enorme y dentada boca, de un ominoso color rojizo en su profundidad, ocupaba prácticamente todo el panorama visible. Bajo esa nueva iluminación, el puente semejaba estar tinto en sangre.

Un ser se desplazaba en tan tenebrosa atmósfera: Sussex, dorado bronce contra el rojo sangre, flotaba entre los puestos de Com y A&A, lanzando imprecaciones.

Jenner tomó aire y se alzó hacia delante, lentamente.

—Sussex.

La asesina volvió el rostro hacia él y le clavó la mirada.

—¿Por qué nada funciona? —exclamó furiosa—. ¿Qué puedo hacer si...?

Jenner alzó su mano.

—Espera, tranquilízate. Hay cosas que no comprendes. Déjame intentar algo.

Ella, inmóvil como una estatua de Diana Cazadora, se tomó un largo par de segundos para pensar en ello. Entonces se apoyó en el panel de A&A.

—Bien.

Jenner se lanzó hacia el puesto de comunicaciones. Una mirada por los ventanales le informó que ya estaban casi dentro de la enorme boca.

—¿Estás ahí, Bola de Grasa?

Silencio.

Jenner conectó el radio, bajo la incrédula mirada de Sussex.

—¿Bola de grasa?

—Ah, has resuelto cesar tu privacidad —cacareó la bocina.

—¿Me quieres explicar qué demonios estás haciendo?

Del otro lado se oyó —Jenner hubiera podido jurarlo— una leve risilla.

—Oh, es muy sencillo. Hemos salido ya de la singularidad de tu sistema; ahora podemos seguir viaje de otra forma. El problema es que la endeble estructura de vuestra nave no sirve para este método que hemos de emplear, por lo que la estoy incorporando a mi masa. Me hubiera gustado comentártelo antes, pero el... respeto a vuestra privacidad me impidió hacerlo.

—Oh. ¿Por eso has frenado el giro de la nave? —dijo Jenner, muy divertido al notar los cambios en el rostro de Sussex.

—Por supuesto, humano. Encontré que algunos de vosotros os insertáis en ciertas oquedades del organismo algunos aparatos en movimiento,

pero en cuanto a mí, no me pareció apropiado.

Eso fue demasiado para Jenner. Rompió a reír en forma grotesca, y se acentuó más su risa cuando vio que Sussex caía en cuenta, con un respingo, de la concreta alusión de Bola de Grasa a los vibradores.

7. La conversación

Jenner hizo un esfuerzo por calmarse cuando vio que el gesto de sorpresa de Sussex pasaba a otra de muy pocos amigos.

—Escucha, Bola de Grasa, debo hablarte...

—¿De qué se trata? Estoy algo ocupado ahora.

Jenner miró hacia los ventanales. El fondo de la caverna estaba ya a la vista y parecía tapizado de algo parecido a gruesas ciliias rojizas. ¿Lenguas?

—Escucha... ¿Puedes detenerte? Me refiero a que quizá debiéramos hablar de ello, ¿no crees? ¿Adónde quieres llevarnos?

—Debo retornar al sistema de Antares. Vendréis conmigo. Conversaremos por el camino.

—¿Antares? —dijo Sussex—. ¿De qué diantres se trata todo esto, por Cristo?

—No te preocupes, Ana María Alonso Castiñeras. Nos divertiremos —aseguró Bola de Grasa, rematando el comentario con una de sus risitas.

Sussex miró a Jenner con odio muy poco disimulado.

—Oye, tú, será mejor que esto no sea una mala broma.

—Pues... —dijo Jenner, y luego señaló a los ventanales y a la inmensa boca que los tragaba—. ¿Te parece eso una broma?

Anamarí giró el rostro, observando pasmada la cavidad que los estaba rodeando.

Jenner aprovechó para echarle una ojeada a la mujer. No podía explicarse el color bronce metálico de su piel y tampoco su fantástica recuperación luego del sueño helado. Si había leído bien los datos, su último periodo de trabajo había sido casi doce años atrás.

Dejó correr la mirada a lo largo de sus increíblemente marcados músculos. No tenía un gramo de grasa, o eso parecía. ¿Cómo hacía para mantenerse en tal forma?

Con el rabillo del ojo, vio asomar la cabeza de Wilcox, aún en la escala de acceso. El paramédico tenía la vista fija en la caverna de más allá. Giró nuevamente la mirada y dio un respingo al encontrarse con el dorado frío de los ojos de la mujer clavado en los suyos.

—¿Para qué me despertasteis?

Jenner suspiró, y tomó la precaución de apagar el contacto de la radio antes de hablar.

—Hablabamos de ello en un rato, si no te molesta. Ha sido un largo día; necesito una ducha y aún no hemos comido. Sin embargo, puedes tranquilizarte: estamos en un verdadero aprieto, pero no hay real peligro por ahora.

Ella lo miró a los ojos en busca de certezas, supuso Jenner. Hizo todo lo posible por sostener su mirada.

—De acuerdo —dijo al fin.

Sussex se apartó del panel de A&A y se encogió en posición fetal en el aire. Hizo un movimiento con ambas manos en su nuca y el color bronce de su piel se esfumó con un leve soplido.

Cuando se extendió y flotó hacia popa, completamente desnuda, no se parecía en absoluto a la de antes. Era delgada, muy blanca, y nada musculada. Sus cabellos, negros, lacios y largos hasta los hombros, flotaban tras de ella como una corona.

Wilcox se apartó para dejarla pasar, pero ella no le concedió la menor importancia. Se tomó de una de las barandillas y con un leve impulso salvó la distancia y penetró en el transitor.

Quedaron solos, viéndola irse. Jenner rompió el silencio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Una armadura molecular variable, de inercia negativa. Se inventaron hace mucho, pero es imposible que lleve una. No hay fuente de poder portable que pueda mantenerlas en funcionamiento. Y sin embargo...

Luego de reunirse todos en el quirófano-cocina, Jenner sugirió que comieran algo. Fue complicado hacerlo sin gravedad alguna de giro, pues la leve atracción que generaba la masa de Bola de Grasa hacía que todo tendiera a escaparse por el extremo de la mesa que daba a proa.

Las mujeres vestían ahora sendos monos elásticos de color naranja, provisión habitual de las naves. La comida transcurrió en un incómodo silencio, roto de vez en cuando por comentarios intrascendentes. Wilcox se veía molesto, Europa algo cansada, Sussex distante. Jenner, preocupado.

—Es extraño que, si posee masa para atraernos, no se refleje en los medidores. Ha de haberlos anulado de alguna manera, ¿no os parece? —sugirió.

Nadie respondió a su propuesta de conversación.

El reloj de la nave señalaba las 23:06 del 12 de agosto de 2533. Jenner apuró el último trago de la copa de succión y la sujetó por su ventosa contra la mesa.

—Bien, hagamos un resumen de nuestra situación —comenzó—. Estamos fuera del sistema, y no podremos volver por nuestros medios. Bola de Grasa...

—¿Por qué insistes en llamarle así? —saltó Wilcox.

—Porque así ha elegido llamarse, eso es todo. Pero es sólo una anécdota; mejor vayamos a lo importante.

Se retrepó en la butaca. Era muy incómodo ser atraído por la pared de proa, pero todos habían preferido sentarse a la mesa —en lugar de flotar libremente—, para conservar cierta sensación psicológica de normalidad. Ya había bastantes cosas raras de qué preocuparse.

—No nos podemos comunicar. Las antenas de reposo están rotas, y las del casco no tienen suficiente alcance. Tampoco podemos esperar ayuda de la Generalidad; no tenemos nave que pueda rivalizar con la velocidad de... del huésped.

—Bola de Grasa. —Era la primera vez que Sussex hablaba desde que lo hiciera en el puente. Su voz era profunda y algo ronca.— ¿Por

qué eligió ese nombre? ¿De dónde sacó tal cosa?

Europa le lanzó a Jenner una mirada venenosa.

—¿No lo has llamado así cuando lo insultaste?

—Pues... no exactamente, pero tienes razón en lo que sugieres. Tomó su nombre de algo que dije luego.

—¿No tiene nombre propio? —siguió Europa.

—No lo sé. Podremos preguntárselo mañana.

—¿Por qué motivo nos quiere en Antares?

“Ah, la dichosa pregunta”, se dijo Jenner. Bueno, un día iba a llegar; y cuanto antes apurara el mal trago, mejor.

—Veréis, yo... tenía unas órdenes. Si el huésped sospechara algo e intentara retirarse, se supone que debía entretenerlo para que el Comando, a la escucha por lásercom en el Centro Williams de Europa, os ordenara acercaros a él. Sospecho que la Generalidad quería intentar el atraparlo.

—¿Atraparlo? —dijo Sussex—. ¿Cómo iban a sujetar tamaña cosa?

—No sabíamos cómo era, ¿entiendes? Se suponía que llegaría una nave, o algo así. No un pequeño satélite, o lo que sea esta cosa.

—Una soberana tontería —declaró Wilcox.

Jenner se volvió hacia él.

—Yo sólo obedecía órdenes, lo mismo que tú haces —le endilgó al paramédico—. Y tenía menos libertad que tú, incluso. Y no creas que estaba muy cómodo con todas esas estupideces.

Europa sonrió, divertida.

—Uh, si te oyera el Comando de la Flota...

—Olvídalo; estamos solos en esto. Tenéis mi permiso para insultarlos todo lo que queráis.

—Vaya, vaya. —Ahora era Sussex quien sonreía, aunque de manera irónica.— ¿Tenemos un rebelde por comandante?

El rostro de Jenner tomó de pronto esa cualidad de ogro tan propia de él.

—No es gracioso —replicó—. El asunto estriba en que la bola comprendió mal lo que le dije y, como consecuencia, decidió llevarnos de paseo.

—¿Qué? —Europa se alzó en su butaca con demasiada sorpresa, y de no tomarse de la mesa hubiera salido flotando.— ¿Es por tu culpa que estamos en este lío?

—Así es.

—Maldito idiota —escupió Wilcox—. ¿Nos entregaste a esa cosa?

—¡No lo hice a propósito! —clamó Jenner—. Bola de Grasa entendió mal lo que le dije...

Jenner les relató entonces la conversación con el alienígena.

—¿Platelmintos? ¿Qué es eso? —preguntó Europa.

—Unos gusanos —informó Wilcox.

—¿Qué? —La mirada de Europa se giró hacia el comandante.— Aquí el único gusano eres tú, ¿te enteras? —señalándolo con un furioso dedo.

—Ya caigo —dijo Wilcox, que había estado en suspenso por un momento—. Schrödinger.

—¿Qué? —dijeron al unísono Europa y Sussex.

—El gato de Schrödinger. A eso te referías tú hace un rato.

—Exacto, eso es —dijo Jenner, aliviado por un momento.

—¿De qué habláis ahora? —Europa se veía confundida.

—Es una demostración del principio de incertidumbre de Heisenberg —complicó Wilcox.

—¿Qué? —dijeron al unísono Europa y Sussex.

Wilcox miró a las mujeres, encajó la mandíbula y se dirigió directamente a Jenner, ignorándolas.

—Lo has convencido de que nos estudie, pero de que no se meta con nuestras mentes. Ahora caigo...

—Volvió a cerrar los ojos un momento y luego dijo—: Esto no tiene el menor sentido. ¿Qué le interesa de nosotros?

—No lo sé —reconoció Jenner—. Al principio, incluso se mostró reacio a considerarnos siquiera. No sé qué fue lo que le ha hecho cambiar de opinión. No creo que fuera algo que yo dijera.

—Cuéntame de nuevo lo que conversaste con él.

—No, no lo hagas —cortó Europa, aún molesta por el desprecio antes expresado por Wilcox—. Estoy cansada; quiero dormir. Sobre todo si mañana tenemos cita con el monstruo Bola de Grasa...

—¿Para qué me despertasteis? —reclamó Sussex.

Se hizo un breve silencio. Los ojos de la asesina eran negros, húmedos, demasiado dulces para crearla tan mortífera.

—Verás, la decisión fue mía —explicó Jenner—, y por dos motivos. Primero, quiero tenerte a mano por si algo se sale de madre, ¿me comprendes?

Sussex no respondió. Esperaba.

—En cuanto al segundo motivo, pues... me temo que es algo de orden práctico —carraspeó—. El manual de la Flota recomienda, para los periodos de largo abandono o estacionamiento aislado... se podría decir que éste es perfectamente el caso; no sé quiénes han estado más aislados que nosotros antes... Bien, un detalle que el manual recomienda es que los sexos estén, en lo posible, igualmente repartidos en la tripulación.

Sussex soltó un bufido. Jenner prosiguió: —Podría haber despertado a otra mujer, una astrogadora, pero su esposo sirve en esta misma nave y no me pareció... correcto, y no quise arriesgarme a despertarlos a ambos y tener que explicarlo todo... y obtener su permiso, luego dormir de nuevo al marido...

Algo andaba mal. Wilcox se veía ofendido, Sussex era el rostro mismo de la sorpresa y Europa parecía estar conteniendo la risa.

Jenner resolvió seguir con el discurso planeado.

—Además, necesito tus conocimientos profesionales, Sussex, mucho más que los de una astrogadora. Para lo que me hace falta podría haber despertado a un capitán de combate, pero eso desequilibraría aún más la ecuación, ¿lo ves? Contigo y tu... A propósito, ¿de dónde toma energía tu armadura?

—Eso es sencillo. Mis muslos contienen dos pilas atómicas de baja emisión.

El silencio podía cortarse con un cuchillo. La asesina prosiguió: —Luego de un pequeño percance con los guardias de cierto potentado político, perdí las dos piernas y el brazo izquierdo. Gasté una fortuna considerable para conseguirme unos nuevos, y bastante mejores. No me arrepiento.

Luego de otro embarazoso silencio —cargado de miradas al brazo izquierdo de la asesina, indistinguible del otro bajo el mono naranja—, Jenner carraspeó otra vez.

—Bien, me... me alegro que lo consiguieras. Eh... Bueno, como estaba diciendo, es lo que recomienda el manual de la Flota, e incluso nos convendrá con vistas al... digamos, al experimento que habremos de llevar a cabo con Bola de Grasa.

No había caso. Wilcox continuaba molesto por algo y Europa se estaba poniendo violácea de tanto aguantar la carcajada.

—Os pido comprendáis la situación y hagáis un sincero esfuerzo porque nos llevemos todos bien. No hay razón por la que enfadarse —eso iba para Wilcox— o incomodarse —eso otro, menos seguro, para Europa—, y además somos todos adultos y tenemos ya bastantes problemas como para aumentarlos debido a melindres personales.

Se puso de pie con cuidado, sujetándose de la mesa y endureciendo sus gruesos bíceps. Sabía que eso le conferiría autoridad, por si la necesitaba.

—De modo que os pido seáis contemplativos. Esto comenzó de forma algo irritante, pero no hay razón para que no terminemos siendo realmente buenos amigos, ¿verdad?

Wilcox seguía molesto. Tendría que aliviarlo, se dijo Jenner. Le echó una mirada a Europa, la encontró bastante recuperada y se decidió. Cambiando el tono a uno campechano, palmeó el hombro de Wilcox y le dijo: —¿Qué dices, Will? ¿Con qué chica quisieras pasar la noche hoy?

—Yo soy homosexual, Jenner.

La sorpresa de Jenner corrió pareja con la carcajada final de Europa.

“Maldita sea”, se dijo el comandante. “Debí haber revisado el archivo”.

8. La decisión

Las literas en las zonas de reposo de la ER Mu podían girar en ángulo recto, para los casos en que la nave hubiera tomado tierra en un asteroide. Lo que no pudieron tener en cuenta los diseñadores fue que la gravedad los atrajera desde el frente de la nave. Eso hubiera sido como considerar que se pudiera aterrizar de cabeza. Por supuesto, las literas tenían sus cinturones de sujeción, que eran de traba manual; pero luego de haber tenido que colgar de ellos durante el corto período de reposo nocturno, y además con lo agitado de sus pensamientos, toda la tripulación se levantó algo exhausta a las 07:00 del 13 de agosto.

Sussex, longilínea, pálida y suspicaz, observó a la luz de la vigilia

cómo Europa dejaba torpemente su litera y derivaba hacia la entrada del cubículo. Resolvió seguirla. Se desazonó y probó los contactos de su armadura; era lo primero que hacía por las mañanas, aun antes de higienizarse.

Había dormido como mucho dos horas. Se sentía en peligro, y no era una sensación a la que estuviera acostumbrada. Ya no.

Europa tramitó el desayuno para cuatro en el panel de cocina del robot y luego se sometió a la revisión de sus heridas. La única que requería aún algo de cuidado era la del pie; debería llevar la protección —más delgada ahora, al menos— por unas cuantas horas más.

No le gustaba nada de lo que estaba pasando. Y menos compartir habitación con esa mujer tan fría. Mientras el cirujano modificaba el vendaje activo de su pie, se preguntó si podría volver a su vida de antes, a sus cariños de antes.

Vio llegar a los dos hombres a la vez, desde su lado del mundo. “Algo ha pasado”, pensó. Rack parecía más huraño que de costumbre, y Will lucía una tenue y desusada sonrisa.

“Quizá el marica ganó alguna apuesta y cobró su premio”, se dijo a sí misma mientras bajaba los ojos y sonreía. Pero la sonrisa no le duró mucho, cuando se planteó que tener sexo en el futuro dependería de la disponibilidad del comandante. Eso le hizo lanzar un bufido.

El desayuno fue incluso más incómodo que la cena de la víspera. Todos

parecían haber caído en la cuenta de que sus existencias pendían de un hilo, y difícilmente conseguían mantener la calma.

Se refugiaron en el silencio.

El reloj de la misión mostraba las 07:58, y los cuatro se hallaban ya en el puente. Jenner ocupaba el puesto de comando, un cómodo sillón colapsable que emergía del piso en el centro del espacio útil. Europa se había conectado a medias a su panel de comunicaciones, y Wilcox trasteaba con los controles de Armas & Acciones, que seguían siendo inútiles para detectar nada. Los cristales de proa mostraban una oscuridad levemente teñida de rojo; pero cuando Jenner activó los faros de proa, el paisaje resultó tan extraño y desasosegante que resolvió apagarlos.

Wilcox había extraído del suelo un asiento secundario para Sussex, pero ésta prefirió quedarse de pie, apoyada en el respaldo del sillón de comando. Sus cabellos negros, al flotar, le hacían cosquillas a Jenner en la oreja.

A las 07:59 el comandante abrió el contacto de radio, pero nada ocurrió. El silencio era opresivo. Se obligó a esperar veinte segundos antes de indagar.

—Bola de Grasa, ¿estás ahí?

No hubo respuesta. Sólo un par de resoplidos desde el puesto de Com. Jenner resolvió no girar la cabeza.

—Oye, Bola de Grasa...

—No responderá hasta las cero ochocientas, me temo —aseguró Wilcox.

—¿Y tú que sabes, idiota? —escupió Europa.

—Basta, Mina —contemporizó Jenner—. Todos estamos nerviosos y...

—Yo no estoy nerviosa, ¡estoy harta!

—Todos estamos hartos, eh... es decir...

—¿Por qué no hacemos silencio? —dijo la grave y filosa voz de Sussex.

Todos callaron.

Cayó el último segundo, con una lentitud exasperante.

—Uno, dos, tres, probando... —se oyó distintamente la voz del alienígena por la bocina del puente.

—Bien, has venido... —dijo estúpidamente Jenner.

—No podía faltar, ¿verdad? —Y de nuevo esa extraña risa.

—Bien, eh... pues...

—Antes que nada —interrumpió Bola de Grasa—, ¿no sería conveniente que os comente lo que haremos?

Unos temblorosos suspiros respondieron.

—De acuerdo —dijo Jenner.

—Bien, veréis, estamos a punto de partir a nuestro destino, el sistema de Antares. El viaje durará un poco más de dos semanas, me temo; la masa con la que he de moverme es distinta, y además debo ocuparme de que vuestros débiles organismos se encuentren en condiciones de resistirlo. Eso implica que parte de mi energía habré de destinarla a vosotros.

"Durante el viaje nos conoceremos un poco, y quizá sea de mutuo

beneficio. Al menos, así lo espero. Armaremos un...

—¿Cuándo volveremos? —la voz de Europa se quebró un poco. Todos la miraron.

—No antes de tres años, por lo menos, Europa. Es el plazo que necesito para concluir mi tarea con Antares.

—¿Qué tarea es ésta? —preguntó Wilcox.

—Convertir esa estrella en un agujero negro reglado.

—¿Un qué? —ahora fue Jenner.

—Se trata del método más sencillo para comunicar galaxias.

—¿Galaxias? —Wilcox tenía los ojos grandes como platos.

—No entenderíais las matemáticas implicadas en el asunto.

—¡Maldita sea! ¡Lo que no entiendo es por qué tenemos que ir contigo! —El rapto de Europa los dejó a todos sorprendidos.— ¿Para qué nos has traído, maldita... bola de grasa?

—Bien, veréis... —pareció que el alienígena intentaba aclararse la garganta.

—Dilo de una vez —susurró Sussex.

La tensión se hizo insostenible.

—Vuestro comandante —continuó Bola de Grasa— me convenció de estudiaros. Al principio me pareció una buena idea, porque podría solazarme en ello mientras durara el viaje de regreso..., pero luego descubrí que era más importante de lo que supuse.

"Como sabéis, puedo leer vuestras mentes. —Una serie de susurros siguió al comentario.— No te-

máis, no lo haré. Ya no quiero hacerlo. Respetaré el acuerdo al que llegué con Rack.

Jenner se sintió penetrado por las miradas. Bola de Grasa continuó: —Descubrí toda una serie de novedades leyendo a Europa, y... Lo siento, Mina, sé que no te hizo bien.

—Maldito cerdo...

—Ése no es tan mal nombre tampoco —dijo el huésped, y dejó oír otra de sus risas.

—¿Por qué me elegiste a mí?

—Porque eras quien se estaba comunicando con mayor potencia, gracias al equipo. Era más sencillo conectar contigo. Pero... Por favor, debo comentaros algo. El haberme interiorizado con Europa me hizo conocer una realidad que no consta entre mis datos. Vosotros tenéis una mentalidad dividida; no podéis relacionaros mentalmente en forma directa, sino a través de elementos de segunda especie, como la palabra, el gesto, la intuición y los así llamados sentimientos. Y aquí hemos llegado: no sé qué son esos "sentimientos". No alcanzo a entenderlos.

"Primero sospeché que se debía, precisamente, a que la mentalidad de mi especie no está dividida; no harían falta, entonces, tales erráticas manifestaciones. Pero una mirada más profunda a la psiquis de Europa, que fue lo que motivó su crisis, según sospecho..., me reveló cosas más coherentes de lo que esperaba. Me retiré de ella; entonces, di un paseo por vuestras cabezas, Rack, Will...

—Sí, recuerdo eso —dijo Wilcox—. Pero no sentí nada.

—Es que ya había aprendido cómo hacerlo —explicó Bola de Grasa—. Bien, volviendo al punto, descubrí que los sentimientos son evoluciones de los instintos naturales. Pero el hecho de tener sentimientos no inhibe a los seres humanos de penar por sus instintos, de cargar con ellos y de obedecerlos oscuramente. Es fascinante, pero me temo que paradójicamente sea trágico para mí.

—No entiendo... ¿A qué te refieres? —Sussex lo dijo, pero la pregunta podía haber salido de cualquiera de ellos.

—Me refiero a que yo no tengo sentimientos. Tampoco tengo instintos, ni conflictos: sólo instrucciones, planes y datos. He descubierto que soy artificial y que nadie me lo había dicho. Nunca lo supe. Y no quiero serlo. Tenéis que ayudarme. Debo comprender la forma en que se siente. Tenemos dos semanas, por lo menos, para intentarlo. Por eso vendréis conmigo.

Los humanos se quedaron alelados. Jenner giró la cabeza, y halló la misma sorpresa instalada en el rostro de Europa, y luego en el de Wilcox. No podía ver a Sussex, pero la agitada respiración de la asesina contra su oído derecho le informó que ella no la estaba pasando bien tampoco.

—Y nosotros, ¿qué ganaremos? —Ése fue Wilcox, con voz temblorosa—. Nos llevas al otro lado del universo, aprendes de nosotros...

—Todos vosotros tenéis problemas de relación. Lo sé. Vuestros instintos entran en contradicción con

vuestros sentimientos y no sois felices debido a ello. No sois plenos, no podéis disfrutar de la vida, como yo. Haré lo que esté en mi capacidad para ayudaros.

"Tú, Wilcox, amabas a un padre odioso y te rebelaste contra él haciéndote homosexual. En realidad buscabas el amor de tu padre, y lo canalizaste por lo físico. Amas a quien odias. En cuanto a Europa..., tu hambre de contacto sexual proviene de tu necesidad de ser aceptada, porque te crees una nulidad. Tú, Jenner, te comportas como un idiota pues eres demasiado dependiente de tu aspecto exterior, y lo crees desfavorable, por lo que te desmoralizas. Estás en un tiovivo.

"Y en cuanto a ti, Sussex...

La nombrada dio un salto y se armó de color bronce.

—Ten cuidado con lo que dirás, maldito buñuelo...

—No te temo. Siempre quisiste matar sólo a uno, a tu padre, y cuando debiste hacerlo no pudiste. Te viste obligada a contratar a quien lo hiciera por ti. Seguirás matando, porque no lo has matado con tus propias manos y ya está fuera de tu alcance.

"Damas, caballeros, tenemos ante nosotros un tiempo breve de aprendizaje mutuo, pero tal vez sea fructífero. Os invito a intentarlo.

—Qué chistoso —dijo Europa—. ¿Podemos evitarlo, acaso?

—Creo que no —reconoció Bola de Grasa—. Pero me agradecería vuestra aceptación.

—¿Y qué importa eso? ¡Somos tus prisioneros!

—Me siento solo. —La voz no tenía inflexiones particulares, pero todos captaron que era cierto.— Y vosotros también. ¿Podremos formar un equipo, tal vez? Y conoceréis mundo gratis...

La broma consiguió algunas leves sonrisas.

—Yo digo que sí —Wilcox asintió con la cabeza, los labios apretados, la mirada dura. Clavada en lo oscuro rojizo tras los cristales.

—¿Qué? —se sorprendió Europa.

—Yo también voy —dijo Sussex, en el oído de Jenner.

“¿Yo también voy?”, se preguntó éste.

—Sí —se contestó en voz alta.

—Bueno, bueno... —comentó Europa, lentamente—. Ahora resulta que la única cuerda soy yo, en esta nave de mierda...

Ellos la miraron extrañados. El tono de su voz era raro.

—Pues... no quiero serlo. Oye, trozo de estiércol, más vale que sea bonito el paseo, ¿eh?

Unas risas nerviosas le contestaron. Llevaría tiempo acostumbrarse a la desnudez.

—Muchas gracias. Ahora, si no les molesta, partiremos.

Partieron.

Y jamás regresaron.

© CARLOS MORALES, 2007.



CARLOS MORALES
(Argentina —Merlo, Buenos Aires, 1961—)

Nació y fue esmirriado y feúcho, pero con el tiempo solucionó uno de esos inconvenientes. Esa imagen de antihéroe no fue óbice para que, en su retraimiento, no despanzurrara cualquier juguete o radio vieja que cayera en sus manos —quizá fue la excusa—, dibujara automóviles y aviones imposibles y leyera el diccionario de tres tomos de la familia.

Echó panza, buscó el sentido de la vida en la ciencia, como letrista y guitarrista de base en una banda de *rock* progresivo, como investigador y articulista numismático especializado en “errorística”, y como esforzado padre de una preadolescente pensante.

Lee, traduce del inglés obras de CF (dos de ellas publicadas por La Factoría de Ideas), participa, para bien o para mal, en foros de literatura —donde busca impulsar una CF *hard* latinoamericana— y, acicateado por algunos amigos, se animó a escribir lo propio.

Este primer relato amenaza con ser la versión compendiada de una novela o el comentario extendido de un cuento corto.

KUNIUNGÜEN

MARÍA DEL PILAR JORGE

Sonia contempló absorta cómo el hombre arrojaba el bolso en el guardaequipajes del micro. Subió, se dejó caer en su asiento y suspiró con alivio. Alcanzó a escuchar la voz impersonal, que desde el micrófono de la Terminal de Retiro, anunciaba la partida. Percibió el bufido de la puerta que se cerraba, el leve movimiento del vehículo, su corazón desacele- rarse.

El día anterior había vivido una espera ansiosa de horas que no transcurrían, mientras eludía los interrogatorios de Miguel, quien se había sorprendido mucho ante el anuncio de su inesperado viaje y de su deseo de tomar distancia.

Regresar había sido su decisión. Entornó los ojos y se dejó envolver por los recuerdos.

Todo había comenzado el último verano, cuando Miguel y ella decidieron irse juntos y solos en una segunda luna de miel. Necesitaban cambiar de ambiente, respirar otro aire, recrear momentos olvidados. A Miguel le

gustaba la pesca; ella no conocía la región patagónica.

Finalmente, alquilaron una cabaña en las afueras de un poblado. Increíbles bosques de pinos crecían en las laderas de las montañas. Hicieron excursiones, exploraron, bajaron hasta el pueblo, visitaron el caserío mapuche. Disfrutaban. Sonia disfrutaba. Aunque jamás había estado en el sur, sentía como si hubiera llegado a su hogar. Creía reconocer rincones que visitaba por primera vez.

Pero la placentera soledad de los primeros días de pronto comenzó a separarlos. Fueron conversaciones llenas de silencios. La mirada hosca de Miguel, que quería regresar a Buenos Aires; las evasivas de ella y sus escapadas recurrentes al bosque.

De noche, sola. ¿Sola? No, él estaba ahí; la acechaba, la buscaba, la vigilaba. Extraños estremecimientos recorrían su piel cuando lo presentía.

La primera vez que sintió sus pasos, que crujían sobre la infinita cantidad de hojas secas esparcidas por todas partes, se asustó. La luz ape-

nas se filtraba entre los árboles. En el corazón del bosque el sol era inaccesible. Verde arriba, rubio seco oscuro en el suelo, algún tronco caído, conos de pino esparcidos. El lago se veía cerca y al mismo tiempo muy lejano. No existían ecos. Corrió. Luego tropezó, no supo con qué; tal vez fue su propio miedo lo que la hizo caer. La fibra del *jean* se rajó y sintió un inesperado ardor en la rodilla. Paralizada, lo vio aproximarse. Kuniungüen tenía el rostro curtido por los vientos y el clima, pero no era un nativo. Su cabello era de un color rubio pajizo. La contempló con su mirada turbia y acuosa, llena de tristeza ancestral. Sus ojos eran dos imanes en los que quedó suspendida y, por un momento que se prolongó en el tiempo, permaneció quieta. Estaba aturdida, mareada. Le dolía la pierna y una sensación molesta parecía querer filtrarse por todo su cuerpo. Dejó que le curara la lastimadura de la rodilla. El breve roce de sus grandes manos le causó un súbito placer. Ninguno de los dos dijo nada; no hacía falta.

A partir de ese momento, lo buscó una y otra vez. Escuchaba su jadeo ansioso y, fascinada, permanecía inmóvil, esperándolo. Kuniungüen venía a buscarla y juntos recorrían el bosque. Le enseñaba palabras en dialecto indígena, que ella aprendía con extraña rapidez.

Él hablaba en un castellano torpe. No recordaba mucho de su infancia; los mapuches lo habían encontrado abandonado en el bosque y lo criaron como si fuera uno de ellos.

Mientras tanto, ajeno a todo, Miguel pescaba en el lago.

Fueron unas extrañas vacaciones. Miguel de día; de noche, Kuniungüen. Noches en las que las pesadillas de su niñez se diluyeron, alejándose para siempre. Recordaba aún los despertares repentinos de su infancia, cuando sus pies descalzos pisaban las baldosas de la cocina. Esas baldosas frías que la habían salvado de abrir una puerta y de salir a la calle, y de que alguien descubriera que era sonámbula. Se sabía distinta y nunca se lo había contado a nadie, pero sus miedos estaban ahí, miedo a monstruos escondidos en la oscuridad, miedo a animales salvajes sedientos de sangre... En aquella época solía despertarse con mucha sed.

Miedos, miedos, miedos, ya no más. Nunca junto a él; diferente, primitivo, salvaje. En medio de ese bosque, que en las noches se llenaba de sombras grises dibujadas por una luna que pugnaba por penetrarlo, descubrió otra realidad. Perdió el miedo.

Pero, finalmente, las vacaciones concluyeron. A Miguel y a ella los esperaba la ciudad, la rutina, el trabajo, la vida. A último momento, sintió dolor, desapego, angustia; Sonia lloró en silencio. Esa noche había corrido por última vez al bosque. Miguel dormía; tenían que madrugar. Él estaba ahí, y ella gimió entre sus brazos.

Recostada en la butaca, Sonia miraba alternativamente el techo del micro, el obvio televisor con una película insufrible, el paisaje. Las horas pasaban y su ansiedad aumentaba. Su mente transitaba por todos y cada uno de los insoportables momen-

tos transcurridos desde aquella partida.

Después de que habían regresado a Buenos Aires y durante mucho tiempo comenzó a sentir la opresión de la rutina. De la computadora a la *notebook*, al trabajo eficiente, a las exigencias familiares, a los amigos insustanciales. A la ciudad toda.

La agobiaba una ciudad hecha de noches sin luna; donde individuos indiferentes se arremolinan en las esquinas, caminan, corren, tropiezan. Le molestaban las luces del centro y había comenzado a odiar los sonidos de músicas mezcladas, como en un caleidoscopio. Calle Florida, calle Lavalle, maldito microcentro plagado de bocinazos. ¿Es que se habría vuelto loco todo el mundo? ¿O era ella quien había comenzado a perder la cordura?

Ya no le alcanzaba la sonrisa cotidiana con que Miguel la recibía todas las noches. Noches de amor entre las sábanas, sin sabor ni excitación.

¿Qué té pasa? ¿Hay alguien más?

Ella no podía explicarlo, porque tampoco lo comprendía.

A veces en sus sueños, los recuerdos surgían inadvertidamente. Veía imágenes incomprensibles; corría en el bosque, pero no era ella, sino alguien diferente. No era humana, gruñía, gemía. Comenzó a hablar en sueños. Más de una mañana se sorprendió ante las miradas extrañadas que le dirigía Miguel.

—¿Por qué no vas a un psicólogo? Tal vez te pueda dar un sedante —insistía Miguel.

—Yo no tuve ninguna pesadilla —protestaba ella.

—Pero tus quejidos son molestos y... ¡las cosas que decís!

—¿Qué es lo que dije? —preguntaba Sonia, alarmada.

—No sé, hablás en algo que parece un dialecto indígena; además, gruñís. Anoche me desperté varias veces con tus quejidos. ¡Y mirá lo que me hiciste!

Sonia contuvo el aliento. Miguel tenía varios rasguños en el brazo derecho. Se sintió culpable y prefirió desviar el tema.

No tenía la menor intención de ir a consultar a un psicólogo. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué se había enamorado de alguien sumamente extraño, tanto, que no parecía un ser humano? ¿Quién le iba a creer? La iban a internar en un psiquiátrico y ella estaba segura de no estar loca.

Trató de olvidar, de no pensar más en él, pero sus sueños se repetían con insistencia. Miguel se veía cada vez más fastidiado.

Una mañana se sorprendió al descubrir que él se había ido a dormir al sillón del *living*.

—Claro —exclamó Miguel, una noche que la descubrió viendo una película de terror—. ¡Eso es lo que pasa: vos mirás esas porquerías y después tenés pesadillas!

Sonia lo miró de soslayo; para no discutir apagó el televisor y se fue a la cama. Él le dio la espalda y se durmió inmediatamente.

¡Menos mal que tenía problemas para conciliar el sueño!, pensó ella, molesta. Miguel, satisfecho, roncaba feliz y ella se quedó mirando la oscu-

ridad. Esa noche comprendió que tenía que hacer algo, que no podía seguir así.

Abrió los ojos sobresaltada. Se había dormido y, por un momento, se olvidó de dónde estaba. Luego, los leves murmullos y la penumbra del micro, la trajeron a la realidad. La ruta era sólo una cinta negra; más allá, campo y más campo y un cielo tachonado de estrellas. Vio caer una estrella. Bostezó. Tenía sed; buscó el termo y se sirvió una taza de mate cocido. Odiaba el café del micro, con su gusto empalagoso y el dudoso sabor.

No podía creer lo que había hecho. Ahora, a la distancia, no parecía tan grave, pero había tardado mucho en tomar la decisión y en urdir un plan para poder regresar. Lo más difícil de todo fue averiguar a través de qué empresa Miguel había hecho aquella reservación. Finalmente, luego de mucho buscar —no era una compañía de turismo conocida—, la encontró. En ese sentido, Miguel era una persona muy ahorrativa y siempre buscaba lugares económicos, donde los costos fueran menores. Claro, así habían terminado lejos del pueblo y casi dentro de ese bosque.

Después tuvo que convencer, con mucho esfuerzo, al empleado de la agencia, que le alquilara la misma cabaña. Apenas había comenzado la primavera y el hombre le había insistido en que en esa época del año, le convenía ir a un lugar más cálido y menos alejado. Le habló del peligro del bosque. Ella le explicó que era escritora y que necesitaba

soledad y tranquilidad para escribir una novela. En realidad era vendedora de seguros, pero *¿quién te asegura contra un corazón roto? ¿Quién te asegura que, un día, lo que era normal y cotidiano no se convierte en hastío?*

Finalmente consiguió alquilar la cabaña y, usando su sonrisa más seductora, le pidió discreción al empleado. Miguel no se tenía que enterar. A él le había dicho que necesitaba estar tranquila para pensar, que se sentía confundida y todas esas tonterías que se dicen cuando no se quiere contar la verdad. Le aseguró que viajaría a Córdoba, a visitar a su tía. Llamó a su parienta y le pidió complicidad. La otra mujer intuyó que algo le sucedía, dedujo que había alguien más y aceptó ayudarla sin preguntarle demasiado; sólo le aconsejó que se cuidara. Solidaridad femenina.

El paso final fue pedir licencia en su trabajo. Estaba durmiendo mal y se veía muy demacrada. Sus mismos compañeros le sugirieron que consultara al médico de la empresa. Fue. El médico le prescribió hacerse un chequeo de rutina y le recetó unas vitaminas. Ya en su casa, tiró las órdenes de análisis y la receta en un cajón, donde quedaron olvidados.

Última parada. Había sido un largo viaje, pero al fin había llegado. Acababa de oscurecer. Bajó del micro y fue a buscar su bolso. No llevaba demasiada ropa. Miró a su alrededor y con pasos lentos y pausados se dirigió hacia la salida. Buscó un *remise*. El chofer la contempló con curiosidad. Ella, joven, hermosa, sola.

Nadie había venido a buscarla. Pensativo, se atusó el bigote. Pero cuando la joven le explicó a dónde iba, la miró alarmado.

Fue suficiente eso, darle la dirección, para que el hombre dejara de mirarla por el espejo retrovisor del destartado auto. Ni siquiera le hizo todas esas preguntas que hacen los choferes curiosos (*¿De visita? ¿Tiene familiares acá? ¿Por qué en esta época del año?*).

El hombre comenzó a manejar y se alejó del pueblo, sin apartar la vista de la ruta. Lamentaba haber “levantado” a esa pasajera. Sólo deseaba dejarla y huir, todo lo velozmente que esa chatarra de auto se lo permitiera. Todos sabían que por esos lados rondaba una criatura extraña, un ser peligroso, el *kuniungüen*, como lo llamaban los nativos. Aterrado, cada tanto tocaba con disimulo el amuleto que le había dado la *machi*.

Sonia, ajena a todo, miraba la noche. Respiraba, casi olfateaba el aire, como un raro animal que acaba de escaparse de su jaula. Desde lejos, adivinó a la cabaña. El chofer se detuvo unos metros antes, justo al borde del bosque y se negó a avanzar más.

Ella estaba tan absorta que no le importó tener que caminar. Bajó el bolso y abonó el viaje. En un instante el auto había desaparecido.

Miró a su alrededor. El sitio era muy bonito en verano, pero en ese momento se veía tétrico. Las cabañas estaban separadas unas de otras, casi al pie del bosque y muy cerca del lago. Sólo una o dos estaban iluminadas; en las otras, la oscuridad era total.

Mientras caminaba, su corazón comenzó a latir a un ritmo imposible. Sólo en ese momento advirtió la locura que había cometido. Si le ocurría algo malo nadie la iba a volver a encontrar nunca. Sin embargo, avanzó; sabía que tenía que hacerlo.

La recibió un bosque silencioso de altos árboles dormidos. Apenas si se escuchaba el leve aletear de algún pájaro nocturno. El viento se había quedado quieto; la noche toda estaba alerta. Caminó obsesionada hasta llegar a la pequeña casa.

Paredes y techo de madera. La llave se resistió a girar en la cerradura. Finalmente, con un pequeño esfuerzo abrió la puerta. La recibió la oscuridad y un penetrante olor a encierro. Por un instante retrocedió, pero luego entró y prendió una luz. Ese breve ritual de movimientos repetidos la tranquilizó. Miró a su alrededor; las vigas del techo, del que colgaba un ventilador, y la mesa y las sillas de madera, donde había comido, hacía sólo ocho meses atrás, con Miguel. Observó el hogar y suspiró; abrió la llave de paso del gas y encendió la estufa. Se asomó a la cocina, donde la heladera ronroneaba ruidosamente. Fue al dormitorio y tiró como al descuido el bolso sobre la cama. Una incipiente alegría comenzó a burbujear en su pecho.

Había perdido el cansancio, el sueño. Su hambre estaba compuesta de pequeños deseos. Se detuvo un instante a escuchar y oyó el llamado. El corazón comenzó a palparle con fuerza. Permaneció quieta. Lo volvió a oír. Una, dos veces más.

El sonido iba y venía, traído por el viento. Era un prolongado lamento u-

lulante, en el que por momentos parecía que alguien pronunciaba su nombre.

“Ah... So... ni... a...”.

Era él; sabía que había vuelto y la llamaba. Los recuerdos vinieron en tropel a su mente. Sus ojos, su mirada, saberse libre y amparada al mismo tiempo, fue una sensación indescriptible. Ya no se detuvo.

Salió. Pisó con placer el pasto húmedo. Canturreó una canción.

El sonido aumentaba poco a poco; se acercaba, se cernía sobre ella. Pero no tuvo miedo.

Una luna oval iluminó el claro. Lo intuyó avanzar. Pudo sentir el roce de su mirada en la nuca. Volvió la cabeza.

Sus ojos color agua la penetraron. Cayó de bruces, como la primera

vez. La asaltó un repentino dolor, pero no le importó. Era un malestar insidioso que se instaló en su espalda, en sus brazos, en sus piernas. Lloró. Sintió que la opresión se iba de su pecho. Percibió cómo su cuerpo cambiaba y recordó sus pesadillas y sus sueños. Quiso gritar, pero aulló.

Aullaron.

Pelambre negra, ojos enloquecidos. Colmillos. Morderse. Cuando el abrazo es sólo el apretarse de dos cuerpos familiares.

Primitivas, vitales, liberadas de su forma humana, las dos bestias se alejaron en la espesura.

© MARÍA DEL PILAR JORGE, 2007.



MARÍA DEL PILAR JORGE
(Argentina —Buenos Aires—)

En el nº 3 **NM** debutó con *Camila*, donde un clásico relato de vampiros era abordado desde una perspectiva distinta. Esa visión intimista y humana es una de las características de sus cuentos, donde el horror clásico magnifica la soledad cotidiana de los personajes.

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenece exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



ESN 49800-070527-415138-20